

MEMORIA

**SOBRE LOS RESULTADOS JENERALES CON QUE LOS PUEBLOS ANTIGUOS
AN CONTRIBUIDO A LA CIVILIZACION DE LA UMANIDAD, LEIDA EL
21 DE NAYO DE 1845 ANTE LA FACULTAD DE UMANIDADES DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE, POR D. VICENTE FIDEL LOPEZ, PARA OB-
TENER EL GRADO DE LICENCIADO.**

SEÑORES:

La ciencia sobre que vengo a balbuciar algunos principios i ligeras percepciones es árdua, es difícil. Las palabras que la esplican serian mejor aceptadas si las produjese la encanecida cabeza de un anciano; porque la ciencia de la istoria es el grandioso compendio de la esperiencia i sabiduría del jénero umano, es el foco de donde parten los rayos luminosos que alumbran las distintas sendas que, atravesando el presente, van a parar al porvenir, i un jóven, que aun no tiene bien formada la esperiencia de los tiempos en que vive, mal puede conocer i reunir las esperiencias de los tiempos pasados, ni revelar el carácter de los tiempos venideros. Sin embargo, si un veemente e inestinguible deseo de comprender los problemas que esta ciencia ofrece, os puede ser presentado aquí como un título para aspirar a ser recibido en vuestro seno, prestadme, señores, vuestra benigna atencion.

Ai ombres dotados de una intelijencia tan penetrante i tan certera, que cuando una vez aciertan a fijarla sobre un problema lo resuelven en dos palabras. Uno de ellos, viéndose urjido un dia por la necesidad de esplicar lo que es i lo que ace la humanidad sobre la tierra, dijo:—«La humanidad es, para mi, un ombre que perpétuamente crece i que perpétuamente aprende.» ¡Cuánta sencillez i cuánta verdad en tan pocas palabras! Solamente un jenio podia aber tenido la ocurrencia de pronunciarlas; solamente Pascal podia aber sido capaz de introducir la verdad metálica de la jeometría en el oscuro i embrollado laberinto de las acciones humanas. . . . ¡Un ombre que perpétuamente crece i que perpétuamente aprende!. . . Luego, las verdades, los errores i la lucha que ellos sostienen; las guerras i las desgracias mismas, no son otra cosa que los grandes documentos con que las sociedades prueban sus progresos i su estado de civilizacion?. . . Así lo abia sospechado el jenio de un visionario que, por cierto, estaba mui léjos de sospechar que el jenio i la ciencia de la humanidad abian de venir al cabo de dos siglos a demostrar palpablemente

su singular idea, i a enseñarnos qe en la istoria todo, ménos el vicio, es lejítimo: i qe aun el vicio mismo es necesario; porqe sentada la flaqueza inerente al ombre, él es el qe con sus funestos ejemplos enseña los resultados de la ignorancia, de la imprevision, i proporciona lecciones qe, aunqe terribles, son provechosísimas.

El Supremo Acedor de todas las cosas puso los jérmenes de la istoria en la cabeza del ombre: allí, al lado de las pasiones, al lado de los cálculos tibios del egoismo, al lado de las mas grandes ideas morales, puso el *libre albedrio* i el *instinto de la perfectibilidad*. No pudo ser mas grandiosa ni mas completa su obra: segun ella la humanidad qedaba dueña de sí misma para obrar; qedaba sometida a una necesidad fundada en sus instintos mismos—la necesidad de *progresar*; i en fin, veia lucir en el fondo del porvenir, como la brillante estrella de los Magos, un objeto ermosísimo a donde encaminar sus esfuerzos—*la perfeccion*.

Progresar perpétuamente ácia la perfeccion. E aqí el luminoso axioma qe pudiera resumir toda la istoria, i qe sin duda no es mas qe una version moderna del celebrado dicho de Pascal. Para comprenderlo bien es menester no encerrar la vista dentro de los límites de un pueblo o de una época; es preciso no atravesar ciegos por medio del tiempo presente, como acen los mas para abrir recién los ojos en el Foro romana, o en las plazas públicas de la Grecia. Por el contrario, señores, se necesita «inspeccionar lo pasado partiendo del último progreso presente» i llevarla luz de la civilizacion actual a las civilizaciones anteriores, para no perder de vista la cadena necesaria qe las liga, i qe es el punto esencial, la revelacion mas grande qe puede buscarse en el estudio de la istoria. Solo aciéndolo así se puede llegar a comprender cuantas ventajas gozan los tiempos posteriores, de qe no gozaron los anteriores; cuántos progresos morales i sociales ai en todo lo qe es nuevo, de qe careció todo lo qe es viejo: solamente aciéndolo así, en fin, se puede llegar a comprender la vida de esa humanidad tan misteriosa, de *ese ombre qe perpétuamente crece i qe perpétuamente aprende*.

Nada ai mas firme, señores, qe el convencimiento qe adqiere el ombre qe estudia bien la istoria, de qe lo primero qe en ella se encuentra es los progresos continuos, qe al travez del tiempo verifica la humanidad sobre todos los ramos a donde puede estender su incesante actividad. La istoria es la qe nos enseña qe la industria jeneraliza sus beneficios, sus aplicaciones i su manejo, a medida qe la literatura i el gusto se desenvuelven, a medida qe el Estado i las leyes toman una organizacion mejor basada i mas equitativa, a medida qe la relijion i el culto

fraternizan i enlazan mejor las inteligencias i los intereses; a medida, en fin, que una filosofía, inteligente, alta, franca, tolerante i progresista, viene a derramar el bálsamo consolador de la sabiduría, i los preceptos de su práctica, sobre la frente acalorada de los pueblos. Sí, señores, la historia es, entre todas las demás ciencias, la que a ganado la gloria de enseñar a la humanidad que todos los progresos son solidarios, que todos están atados entre sí. El escritor que no tenga conciencia de este grande echo mutilará en sus obras la mas bella, la mas grande i la mas armoniosa de las ciencias sociales.

Tal es el vasto campo que se ofrece a nuestra inteligencia así que echamos la primera mirada curiosa sobre la historia, esa mirada en la que tan solo apercibimos su superficie, los fenómenos morales propiamente dichos, los trastornos i movimientos de las sociedades humanas. Pero la historia es algo mas, es mucho mas, señores; no es completa, brillante ni grande, sino cuando representa el desenvolvimiento todo de las facultades racionales i activas del hombre. ¿Qué es pues el hombre? ¿Es acaso un ser puramente moral? No! . . . Basta verlo pegado por su base al suelo, para concebir que no puede correr, ni trabajar, ni obrar, ni pensar sino bajos las influencias de ese suelo. Si del individuo trasportamos esta observacion a la sociedad, veremos cuan grandes i poderosas son las fuerzas locales, topográficas, para dar direccion i rumbo a los acontecimientos sociales, que son como la fruta que produce este inmenso árbol de infinitas ramificaciones que se llama historia.

Una simple atencion dada a las cosas que nos rodean nos pondrá de manifiesto, que el hombre trabaja i explota el suelo sobre que vive, para apropiarlo a sus necesidades, para asimilarlo a sus usos. El suelo no es uno mismo en todas partes; grandes diferencias de configuracion i de naturaleza se dejan sentir en cada pais; i estas diferencias son las que aciendo variar al infinito los medios de trabajo con que el hombre transforma el terreno, i las impresiones físicas que recibe a todas horas, introducen una admirable diversidad de caracteres morales, que no solo acen distintos a todos los pueblos entre sí, sino tambien a las diversas fracciones de cada nacion:

Cualquiera que profundice un poco los estudios históricos, comprende el importante papel que la topografía representa en el gran drama de la vida social. El conocimiento de las tierras, de los mares, de las ciudades, de los canales, de las montañas; de todo aquello, en fin, que la infatigable inteligencia del hombre revuelve i modifica, es una clave esencial para desentrañar la verdad enterrada bajo los numerosos escombros que la mano del tiempo amontona sobre la tierra. El terreno sobre que se

desenvuelve la humanidad no es un objeto muerto e inerte. Mirando bien, se vé que la tierra se ajita también con la familia humana. Los atrevidos que surcan los mares i uellan las arenas de los desiertos, llevan ideas, llevan intereses, llevan novedades que van sembrando en las tierras por donde pasan: cuanto más facilidades presenta la configuración i posición del terreno para estos viajes i para estas emigraciones, tanto más las habrá para la importación i la esportación de los productos de la actividad humana; i poco a poco se irá formando así, en las tierras privilegiadas por la naturaleza, el primer anillo civilizador de la fuerte cadena de progresos que jamás se corta.

Penetrada la profundida de las tierras i de los mares con el ojo perspicaz de la filosofía, se comprende al instante el inmenso movimiento, la incesante actividad con que la razón supera los obstáculos físicos, i conquista valientemente sobre las fuerzas inertes de la naturaleza.

Yo, señores, e llegado a tener tal fé en estas verdades, que cuando veo levantarse una ciudad en un país cualquiera, cuando veo aparecer en la noche de las épocas pasadas un pueblo que brilla, que impone sus leyes i que escribe su nombre con energía en las invisibles páginas del tiempo, concibo al momento que este fenómeno no es un resultado del acaso; que necesariamente ai una posición geográfica que estudiar, i una necesidad histórica unida a esa posición: creyendo que ambas se explican recíprocamente, busco en ellas el secreto de las grandezas i de los echos con que ese pueblo se a ilustrado.

La rapidez con que me propongo dar una ojeada jeneral sobre la civilización antigua, ace que no pueda entrar en el propósito de daros detalles topográficos. Mi vista se fijará principalmente sobre las sociedades, i buscará en ellas los jérmenes morales que las vivifican, tratando de seguirlos en su fecundo encadenamiento.

Ningun pueblo, ningun ombre de tendrá mi carrera, si no son de aquellos que an echo grandes servicios o grandes males a la civilización. Los unos i los otros son necesarios para comprender la historia; porque la historia no es otra cosa que la lucha recíproca que sostienen los que quieren detener el progreso con los que quieren desatar los lazos que le impiden volar sin obstáculo sobre las alas de la libertad.

Por esto es, que cuando el estudio de la historia es echo con conciencia, nos enseña a vivir con la sociable tolerancia del buen patriota; nos enseña a conocer i a respetar las virtudes del ciudadano, nos da valor para practicar i defender el bien en toda ocasion: en fin, solo en él aprenderemos a conocer las exigencias del Estado i los medios más propios de satisfacerlas en el sentido de la felicidad comun. Sériamente

convencidos de las faltas i de los estravíos producidos por los errores pasados, entraremos a influir sobre nuestro tiempo con el precioso caudal de esperiencias que nos legaron otros siglos; marcharemos entusiasmados en las filas de los que abogan por el bien de la humanidad, ningun error funesto vendrá a poner la banda de las preocupaciones sobre nuestros ojos, i repiteremos siempre lo que decia el gran Leibnitz:—«La época actual, hija de la pasada, está preñada del porvenir.» Nuestra intelijencia adquirirá una idea clara i brillante de todo lo que importa la libertad social; veremos que ella es tan sagrada, que no ai sistema político ni relijioso que tenga derecho para detenerla un solo instante en su espléndido vuelo.

La lei del progreso continuo forma un relieve de bronce sobre las páginas de la istoria. Allí se vé los esfuerzos constantes que los pueblos acen para conquistar la emancipacion i la vida libre, las armas con que las ideas nuevas invaden el territorio de las viejas i los resortes inmorales de que éstas se valen para resistir, la caida de los imperios corrompidos por doctrinas caducas al impulso de pueblos mas nuevos, que aunque no dotados quizá de cultura profesan creencias mas fecundas de sociabilidad. Allí es donde el filósofo aprende a comprender las revoluciones i a consagrar como un principio santo el principio que los produce: téngase presente que no ablo de motines. Allí donde se vé el continuo ataque con que el desarrollo intelectual del pueblo mina los baluartes a cuyo frente quisieran detenerlo el despotismo de los teócratas, los intereses monopolizadores de los nobles i de los ricos constituidos en clase dominante, i la tiranía de los caudillos: allí tambien donde las leyes inalterables de la sana razon se muestran aciendo gravitar sobre un centro de moralidad a las naciones, aun en medio de las mas fuertes oscilaciones; allí, en fin, donde Dios muestra su brazo empujando perpetuamente ácia su perfeccion a las mas bella i sublime de sus obras, al *ombre—sociedad*.

Tal es el estudio de la istoria. De él no se saca indignacion contra las instituciones, contra los pueblos, ni contra los ombres. Todo ocupa en ella su lejítimo lugar. Si se comprende el mal, no es para declamar eternamente contra él sino para evitarlo, para curar facultativamente las llagas que pudiera aber producido.

La istoria en su conjunto consiste para mí, en la apreciacion de los partidos i de las revoluciones que an modificado la condicion moral de la humanidad. Aquellos i ésta tienen su principio en el movimiento continuo de ideas con que se caracteriza a sí mismo la intelijencia umana. Un pueblo estacionario, es decir, un pueblo cuyas ideas estén estan-

caídas siempre en un punto, es una hipótesis inconcebible, es un contrasentido con las leyes inalterables de la razón i de la sociedad.

Desarrollarse, para los pueblos lo mismo que para los individuos, es una lei constante, una lei tan esencial como la vida misma. Todo cuanto nace sobre la tierra crece i se desarrolla, todo cuanto crece i se desarrolla experimenta revoluciones necesarias en el fondo mismo de su naturaleza. Las revoluciones son por esto consecuencias inmediatas de todo desarrollo, i al mismo tiempo son puntos de partida desde donde empieza a marchar la sociedad, en dirección a un nuevo orden de cosas a una nueva organización. No ai nación que no tenga en su pasado alguna revolución a quien saludar como principio de sus dichas i de su libertad.

Para que las naciones verifiquen una revolución es necesario que la ayan preparado gradualmente desde mucho tiempo atrás. Las revoluciones no sirven tan solo para destruir, sino que ponen también en el caso de reconstruir lo que ántes estaba malo, dando a la sociabilidad bases más anchas i más sólidas. El desarrollo de los pueblos no es otra cosa en el fondo que la destrucción seguida de una reconstrucción lójica; i por esto es que un gran poeta contemporáneo a dicho con una admirable fuerza de estilo, que *las revoluciones son los grandes silojismos del destino*. Efectivamente, la civilización pone premisas i saca conclusiones que se deducen con una admirable precisión de lójica.

Además de la humanidad i de las naciones tomadas en grupo, la historia nos presenta los individuos. El individuo influye directamente sobre los acontecimientos sociales con los actos personales que son fruto de su libre albedrío. Los ombres, como entes libres, somos los verdaderos autores de esa infinidad de echos pequeños, insignificantes al parecer, que con su fuerte i complicado encadenamiento, forman al fin la gran síntesis de los echos sociales. Por los primeros respondemos de los segundos. I la sociedad nos declara virtuosos o malvados segúnelijamos entre la violencia i la razón, para practicar las relaciones que sostenemos con nuestros iguales. La violencia conduce las sociedades por caminos ásperos i tortuosos, donde es indispensable dar funestas caídas, al mismo resultado a que las lleva la razón por caminos fáciles i rectos. La lei siempre es la misma: *Progreso continuo*. Las diferencias provienen de la manera con que la realizan las fuerzas motrices, que son las pasiones, las ideas, los intereses i las circunstancias especiales en que puede encoctrarse el ombre.

Tales son los principios filosóficos que necesita tener presentes el escritor que quiera ofrecer, en un cuadro fiel, los verdaderos resultados con

que la civilizacion a desarrollado las fuerzas intelectuales de la humanidad, estendiendo i enriqueciendo al mismo tiempo el campo de su accion. Cuando se descende al estudio de la historia, con estos principios i con una conciencia libre de preocupaciones, es cuando se comprende con una preciosa claridad que cada pueblo, que cada doctrina, que cada partido, tienen una idea central, útil i progresista mientras no se propone acerse exclusiva, mientras no apela a la soberbia i al despotismo para imponer su yugo a los que no admitiéndola como cimiento de sus creencias, quieren discutirla i modificarla en sus aplicaciones.

Así, pues, señores, si la civilizacion es una cosa tan continua, un compuesto de resultados tan relativos, para conocerla, es menester subir asta las primeras apariciones del espíritu civilizador; es preciso, por consiguiente, subir de un salto las innumerables gradas del tiempo i colocarnos allá en las remotas edades en que el espíritu humano comenzaba recién su interminable i maravilloso viaje.

Por muchos que sean los esfuerzos que an echo los sábios mas famosos, a sido imposible obtener el conocimiento perfecto de las primeras edades del mundo. Como ántes del hombre no ubo ser alguno intelijente que observase su naturaleza social, i que fijara para las edades futuras sus primeros pasos en la vida, nada a quedado de cierto, las nubes de la tradicion i las profundas tinieblas del olvido rodean la cuna del jénero humano. La sociedad empezó a crecer sin conciencia de sí misma, i cuando vino al hombre el primer deseo de estudiarse, abian pasado ya necesariamente muchos siglos de desenvolvimiento inocente i espontáneo, abia ya infinitos problemas que no era posible resolver. Así, pues, es imposible decir dónde ni cómo empezó la civilizacion a manifestarse como la fuerza que desenvuelve la razon social i la razon individual. Los libros mas antiguos que tenemos, el *Génesis* de Moises, el *Zendavesta* de Zoroastro, los *Vedas* índicos, todos, nos muestran una civilizacion formada ya en el tiempo en que fueron escritos, una civilizacion vieja en años que no podia ménos que contar con muchos siglos de pasado. Para que los Faraones ubiesen enriquecido el medio i bajo Egipto con ciudades, templos i palacios, era preciso que iciera mucho tiempo ya que la civilizacion trabajaba sobre la humanidad. Esta verdad se vuelve patente cuando se observa que la Etiopia i el alto Egipto contaban entónces con una civilizacion mas antigua aun que la del imperio de los Faraones, i sin disputa, mas rica. Las sutilezas filosóficas i el asombroso número de máximas morales aglomeradas en el *Zendavesta* i en los *Vedas*, son pruebas irrecusables de que un gran desarrollo intelectual abia precedido a los oscuros i remotos tiempos en que semejantes libros eran escritos. ¿Cómo averiguar ahora la cuna de la civilizacion igno

rando tan profunda i tan completamente la infancia del jenero humano, i los primeros pasos que dió el hombre salvaje para transformarse en el hombre social, civilizado i civilizador a la vez?

Dejando pues estas tinieblas impenetrables que tantas veces abrán destrozado la devorante curiosidad de los sábios, limitemos nuestra ambicion, i dejemos caer nuestra débil vista sobre los primeros tiempos que aparecen en la historia que, aunque no alumbrados todavía sino por la vacilante luz de un crepúsculo poético i fabuloso, pueden servir poderosamente para tomar las uellas de la civilizacion en los tiempos primitivos.

Aun en estos tiempos se ve ya el fenómeno singular que el mundo ofrece todavía en nuestros dias, a saber; toda la humanidad dividida en dos grandes civilizaciones, la *oriental* i la *occidental*, nombre que yo adopto aquí por estar consagrados en el lenguaje científico de la Europa, que debe ser siempre el nuestro, i no porque sean propios para nosotros jeográficamente hablando.

Llámase civilizacion oriental aquella que desde las alturas del Irán se desprende formando dos corrientes, la una que toma al oriente i que desparramándose por las riveras del Indo i del Ganges, abraza las dos grandes penínsulas del mar indico: la otra toma al occidente, pasa por las tierras que el Tigris i el Eufrates bañan, recorre en distintos sentidos toda la Arabia, baja asta las costas de la Fenicia al mismo tiempo que atravesando el golfo arábigo se pasea por las alturas de la Etiopia, i desciende ribeteando el Nilo asta las costas del Mediterráneo. Los pueblos que abitan todas estas comarcas, aunque profundamente distintos entre sí, presentan una clara analogía de espíritu, una armonía real de doctrinas que prueba bien que todos ellos son hijos de un mismo sistema de civilizacion. Para comprender bien este fenómeno echemos la vista sobre la Europa actual i sobre nosotros, i lo veremos tambien realizado bajo nuestros mismos ojos.

Pero, ni aun en estos tiempos remotos dominaba sin rival la antigua civilizacion del Oriente. Otro espíritu, otras razas, otras creencias, otros hábitos de vida dominanban en todas las costas occidentales del Mediterráneo, estendiéndose por la navegacion, la industria el comercio i las colonias desde la Italia asta la España, por un lado, i por el otro asta la Grecia i el Asia-Menor.

El misterio que cubre con un denso velo la verdadera fisonomía de todos estos pueblos no a podido ser penetrado asta oi por ningun istoriador. Lo único que a podido llegarse a saber es, que una raza llamada de los *Pelasgos* dominó en los primeros tiempos sobre todas las costas

occidentales del Mediterráneo; dejando profundas semillas de civilización i de industria en todas ellas. Pero ¿era asiática esta raza? ¿Era europea? Nadie lo sabe. Las tradiciones romanas decian qe los habitantes de Troya eran de orijen italiano. Pues bien, Troya era la gran ciudad *pelasga*, el grande foco de civilización del Asia Menor. El nombre de este pueblo me trae, señores, el recuerdo del primer acontecimiento real qe refiere la historia fabulosa de los pueblos antiguos. Cualesquiera qe sean los colores con qe la poesía i la tradición ayan desnaturalizado la guerra de los Griegos contra Troya, no puede dudarse de qe esta guerra es un acontecimiento eminentemente histórico.

Los griegos tambien eran de raza pelasga: navegadores, piratas, negociantes i colonizadores, encontraron un día en sus correrías los ricos vajeles de la Asia-Menor, i como la opulencia es el imán del navegante, dirijieron sus viajes a las tierras opulentas. El espíritu eroico i salvaje de aquella edad encendió naturalmente la guerra; en vez de los diez años, qe le dan los poetas, es preciso creer qe esta guerra fué mucho mas larga. Los griegos debieron acer muchas tentativas infructuosas ántes de aquella en qe lograron qedar dueños de Ilion. Nada prueba tan bien qe la guerra, qe los griegos icieron contra Troya, fué una guerra de conquista, como las florecientes colonias, qe despues de las azañas de Aquiles, levantaron sobre el país. El espíritu griego, el espíritu occidental, el espíritu mitológico i artista, florece en estas costas lo mismo qe florece en Atenas: luego, las analogías eran fuertes i verdaderas.

En la Italia abia tambien otro gran pueblo, pariente de los griegos, civilizado, artista i navegante como ellos—los *Etruscos*, cuya historia es tambien un abismo de dudas i de árduas dificultades.

Os e presentado un cuadro sucinto, aunque fiel (segun entiendo) de lo único qe se sabe sobre el estado del mundo en los tiempos fabulosos. Os e dicho ya los pueblos principales qe representaban el papel civilizador en aquellas antiguas escenas. Permitidme, aora, qe pase a caracterizar rápidamente las dos civilizaciones en qe os e mostrado dividida la humanidad.

En el oriente se realizó, señores, en aquellos tiempos un prodijioso desenvolvimiento de civilización. La India, la Persia, la Etiopia i el Ejipto, son pueblos donde la razon umana llegó a tal fuerza de creacion, qe aun oi nos asombran los estupendos monumentos con qe dejaron sembrada la tierra. Ciudades inmensas i riquísimas, templos i palacios levantados con un arte admirable, industria fabril, comercio, navegación, fuertes i profundas doctrinas de relijion, de filosofía i de gobier-

no, ¿dejan por ventura la menor duda acerca de la prodijiosa civilización que produjo tantas maravillas?

No, señores; no ai qe dudarlo, *¡ab oriente lux!* Los pueblos centrales del Asia son la familia primitiva del jénero umano.

Pero su civilización misma, por asombrosos qe sean sus resultados, prueba qe eran aquellos los primeros pasos del espíritu social i civilizador del ombre. Todo el sistema de sus doctrinas filosóficas i políticas está vaciado en el tipo relijioso: todo allí es relijion, nada es ombre. La relijion misma nada tiene de incorpóreo ni de espiritual; la idea es simbolo, el Dios es una imájen monstruosa, el verbo es encarnacion; por último, la relijion es la naturaleza. ¿Queréis pruebas? ¡Pues bien! ¿Dónde se allan los mas altos árboles del mundo? ¿No es en Asia? . . . ¿Dónde nacen los mas grandes animales, los mas terribles reptiles? ¿Dónde se levantan las mas estupendas montañas? ¿Dónde crecen por oras los vegetales? ¿No es en Asia? ¡Pues bien! allí tambien es donde se levantan los Idolos mas monstruosos qe a podido crear la fantasía umana; allí donde la filosofia, qe es el mas libre vuelo del espíritu, sucumbe bajo el peso de un panteismo de ierro; allí en fin, donde la relijion es Ado, donde el gobierno es Casta, donde el sacerdote es Oráculo. Todo es grandeza material: mirad, pues, si la civilización de estos pueblos reflejaba bien las condiciones físicas de los países sobre qe abitaban. En medio de esas creaciones colosales con qe la imaginacion de aquellas naciones se abrumaba a sí misma, no quedaba lugar para la libertad social. Podia aber grandes riquezas, brillante lujo, magníficas obras de arte, mucho comercio; pero nada de libertad personal; porque el individuo se anonada ante la casta, las acciones están sometidas al mas cruel fatalismo, la filosofia muere pacíficamente el freno de la mas soberbia teología; por último, señores, la libertad del pensamiento tiene encima el yugo de la mas terminante revelacion; cada pueblo tiene un profeta a quien adora, ante quien inclina umildemente su frente todo pensador. Zoroastro en el centro, Brama al oriente, Amnon al occidente: uno, en fin, por todas partes.

Los caldeos i los babilonios son los pueblos qe aparecen primero en la istoria verdadera de la umanidad. La ciencia de los astros i el jenio de la agricultura forman el fondo de su civilización. La primera produce una casta poderosa, dominante i despótica, qe asienta el gobierno de la Teocracia sobre las sólidas basas de la Teología. De entre las líneas mismas de esta casta, se alza un reformador, un mago, pero ereje, qe comentando el principio de la dualidad, el principio de la luz i de las tinieblas, inaugura una nueva época, i encabeza una insurrección contra

las doctrinas reinantes, qe al fin triunfa. El imperio de los Persas, civilizado i rico como el qe mas de los antiguos, fué el fruto de las doctrinas de Zoroastro.

En la Etiopia i en el Ejipto domina tambien una formidable casta de sacerdotes qe monopoliza i explota en provecho suyo todos los trabajos i todos los sudores de la nacion. Es verdad qe es grande, poderosa i mui instruida; es verdad qe en el fondo de sus santuarios conserva sacramentalmente la ciencia toda de la antigüedad, las mas venerables tradiciones del mundo, i el secreto de todas las grandezas pasadas; es verdad qe las maravillas del arte se levantan do quiera qe ella pone su planta majestuosa, i qe la opulenta Tebas, Menfis i Sais, alzan oi todavía sus crestas piramidales para atestiguar su poder i su magnificencia. Pero ¿qué encuentra el filólogo debajo de estas creaciones colosales? *La inmovilidad moral i el despotismo.* Aquí es donde un elocuente profesor de nuestros tiempos, tratando de vindicar el espíritu de estas épocas, dice: «así era preciso qe sucediese; porqe la cuna del espíritu umano debia ser mui sólida i mui fija para qe pudiera soportar los desarrollos ulteriores de la civilizacion.»

Entretanto, señores, con estos pueblos i con estos sistemas daba el espíritu umano un gran paso. Sin pretender la libertad individual ni el movimiento libre de la intelijencia social, estudiaba las grandes i severas relaciones del mundo material i moral con la intelijencia divina. Con un sistema aquí, con otro allá, i con un trabajo incesante de observacion sobre el mismo punto, llegaron los pensadores de entónces a constituir una ciencia teolójica completa, una organizacion social (la teocrácia) qe respondía perfectamente a los principios abstractos sentados por esa ciencia, i qe traduciendo en derecho las teorías teolójicas, organizaba los reinos de la tierra de un modo análogo a lo qe concebía acerca de los gobiernos del cielo.

Las castas sacerdotales eran el centro de toda sabiduría, poseian el secreto de todas las artes, eran en fin el oráculo vivo de Dios, el intérprete de sus mandatos. I a fé, qe la soberana influencia qe ejercian sobre las naciones de entónces era cuasi lejítima, pues por medio de la ciencia abian llegado en su época a tener la cuasi intelijencia de los designios divinos.

Si quisiéramos pues caracterizar los resultados de aquella civilizacion teocrática qe vemos uniformemente establecida sobre todas las majestuosas naciones del antiguo oriente, diríamos; qe para civilizar a los ombres, estableció sobre la tierra el culto supliendo con él la falta de lejislacion i sometiendo la conciencia umana a la influencia decisiva e incontras-

table del decreto divino; diríamos tambien que en vez de doctrinas filosóficas, que solo vienen bien en los tiempos de libertad i de movimiento, creó una monstruosa teología, en cuyo seno vasto se agitaban todas las doctrinas morales i metafísicas que son dignas de ocupar la intelijencia del ombre; diríamos, en fin, que para templar la horrible tiranía de los autócratas militares que en aquellos imperios primitivos se tenian por lejitimos dueños de todo el suelo en que gobernaban i de las personas de los que obedecian, levantó entre ellos i los umildes pueblos una casta sagrada, intelijente, rica, que armada del poder irresistible del oráculo, i del mandato divino, templó los efectos del despotismo rejio, protejió los intereses mercantiles contra los destructores ábitos de la barbarie; i dió direccion a las cosas humanas en nombre de Dios aparentemente; en realidad, por el derecho que dan la ciencia i la razon, por la soberanía, en fin, de la intelijencia.

Los libros que estos pueblos an dejado, prueban evidentemente estas verdades. En ellos está escrita la lei civil como emanacion del poder de Dios. Los Vedas i el Zendavesta son códigos perfectos, que autorizados con la emanacion divina, no solo imponen el yugo de la lei a los pueblos, sino mui principalmente a los reyes, llegando asta fijarles un estricto ceremonial de palacio, terminante, que los obliga a dejar en manos de la casta sacerdotal la verdadera direccion del Estado. Por donde quiera que el comercio necesitaba una via segura, se levantaba un templo que recibia una colonia sacerdotal, i al rededor de este templo nadie tenia que temer las depredaciones de la tribu de los desiertos; porque allí revolaba la idea relijiosa i la fantasia del bárbaro se penetraba profundamente de la necesidad de respetar la caravana que abia recibido las vendiciones del oráculo, i que abia cumplido con los deberes de la devocion.

Una observacion final nos dejará íntimamente penetrados del sentido de la civilizacion oriental. Como el gran movimiento mercantil de estos pueblos fué completamente terrestre, los mismos intereses materiales contribuyeron a dar prestijios i poder a la casta sacerdotal, i a sus doctrinas teológicas; sin estas influencias abria sido imposible que el tráfico mercantil ubiese atravesado los desiertos llevando injentes riquezas desde el uno asta el otro extremo del mundo asiático. Por último, señores, si yo ubiera de caracterizar en dos palabras la mision civilizadora de los antiguos pueblos del Oriente, diria: que fué la de constituir la sociedad civil bajo el ala protectora de la Relijion, para defenderla eficazmente de los ataques brutales con que tendian a sofocar sus jermenes tantos pueblos bárbaros, como la rodeaban en aquella época; diria, que apelando a las fuerzas misteriosas i omnipotentes del cielo,

las doctrinas orientales lograron constituir en medio de la humanidad la supremacía del pensamiento, el poder de la inteligencia, el verdadero nudo social; i que la voluntad divina, representada por el poder teocrático e interpretada por las ciencias teológicas, fué el baluarte que impidió a los bárbaros ollar las primeras semillas de cultura que fermentaron en aquellas debilísimas sociedades. Recordad con qué respeto era tratado un Brama, un Mago, o un sacerdote egipcio, aun por el mismo rei, con qué temor esperaba éste sus palabras proféticas, con qué sumision se sometia a sus fallos, i concebireis, como yo concibo, que al favor de las sublimes ficciones de la teología oriental, se mantenía sobre la tierra un dique poderoso contra las inundaciones de los bárbaros, i se ponía un freno al despotismo ciego de la fuerza material.

Si apartais vuestra vista del centro de estas venerables comarcas i la llevais por un momento solo a las predestinadas costas del mediterráneo, vereis como todo empieza a presentarse en ellas bajo un aspecto diverso. A la primera mirada se conoce que un nuevo espíritu bate sus alas sobre todos aquellos pueblos marinos i traficantes, que es otra la raza de ombres i de ideas que tiende a dominar en esta otra parte del mundo; que son otros los hábitos de estas naciones, i otros, en fin, los destinos a que el ombre aspira en ellas; porque el espíritu de emancipacion i de independenciam incha vigorosamente las velas de los innumerables vajeles en que estas nuevas razas recorren de extremo a extremo el mundo conocido. No aya miedo de que su barbarie enérgica i petulante destruya la obra de la civilizacion oriental; son mui débiles todavía para pensar en atacarla; pero atraidos por el comercio i por la opulencia inocularán en sus venas el principio civilizador; las necesidades, el roce mútuo, fortificarán este primer contacto; i al fin entrarán en la uella del desarrollo progresivo i concebirán un sistema de civilizacion tambien, que fovorezca sus progresos sociales.

La civilizacion oriental pasa así desde las riveras del Nilo a las costas de la Grecia, i desde las costas de la Fenicia emprende la vuelta de la Africa, de la España i de la Italia. En la Grecia se encuentra con un pueblo semi-culto ya, porque era pelasgo; con un pueblo particularmente dotado con los instintos del jenio, miembro de raza diversa, pero sociable, abierto a todos los influjos morales, de un espíritu absorbente, de una inteligencia capaz de apropiárselo todo i de asimilarlo todo a las brillantes cualidades de su jenio nacional.

Para comprender bien el papel que el pueblo griego a representado en las escenas de la autigüedad, i las trasformaciones que el espíritu oriental esperimentó al convertirse en civilizacion griega, occidental, es

necesario que echemos previamente una rápida mirada sobre la Grecia semi-bárbara.

El espíritu de todos los pueblos bárbaros es, sin disputa, hijo de las condiciones locales, bajo cuyo influjo viven. El terreno i el clima los obligan a tomar ciertos hábitos orijinales, ciertas maneras de vivir, de pensar i de obrar, análogas a las leyes físicas del país, viniéndose a formar así el carácter nacional que los distingue i que les marca su lugar especial en las páginas de la historia. Bastará que demos una mirada rápida i jeneral sobre la Grecia, para que conozcamos asta dónde an debido influir las condiciones naturales del país sobre el jenio propio que a mostrado este pueblo desde que consiguió asimilarse los frutos de la civilizacion oriental.

Un terreno tan cortado, tan variado, tan fracturado por el mar i por las cerranías, tan lleno de costas i de puertos, alumbrado por una luz viva i diáfana durante el día, i por la noche con una eterna vislumbre, con el rayo encantador i apacible de un reflejo misterio capaz de inspirar por si solo los mas delicados pensamientos; todas las maravillas de la vejetacion en unas partes, i en otras una severa aridez; los valles i las cumbres, los climas mas variados, en fin, reunidos en un espacio de cincuenta leguas, son causas que an debido producir necesariamente un pueblo rico en caracteres de todo jénero, ágil, movedizo, vivo, atrevido, perspicaz, artista. La rica variedad de impresiones que el terreno ! las luces que lo vivifican, acen a cada instante sobre cada ombre, a debido llenar de inspiraciones el alma de ese pueblo, i darle por fondo de su carácter, prodijiosas aptitudes para todo lo que es movimiento, para todo lo que es enerjía personal, para todo lo que es revolucion. La política i la historia, las artes, la navegacion, el comercio i la guerra, an debido ser siempre sus propensiones características: en todo a debido dominar la personalidad del individuo, la osadía del guerrero. En la Grecia era imposible que el individuo se anonadase ante la casta, i que los misterios teocráticos de la relijion no se evaporasen al soplo atrevido de la mas libre filosofía. Así, pues, señores, el carácter eminentemente trasformador de los pueblos griegos, es un resultado lógico de sus condiciones topográficas. Si considerais que en esta clase de climas, la vista solo basta para inspirar al individuo el sentimiento de su libertad i el de su fuerza, concebireis asta dónde a debido ser trasformador de la inerte naturaleza, un pueblo nacido en estos lugares, asta donde a debido llevar la osadía creadora de su imaginacion i alzar el vuelo de su artística fantasía. Dadas estas condiciones, cada individuo necesita de fuerzas físicas, i de aquí una organizacion democrática; i de aquí la divinizacion de

las fuerzas individuales echa por la religion i por las artes. Con un espectáculo tan vivo de la libertad era imposible la doctrina religiosa del verdadero fatalismo. La religion de los griegos no podia ser otra cosa que la consagracion ideal de todos los echos morales que impulsan al ombre a la accion, al movimiento:—el amor, el dolor, la guerra, la belleza, el talento i la codicia, en fin, todos los jérmenes de pasion: e así sus dioses. Fácil es concebir el singular desenvolvimiento que las artes i la literatura debieron tomar con semejante religion. Contraido el artista a realizar un tipo ideal de lo que ai de mas libre i enérgico en el ombre, de la pasion, arribó necesariamente a la mas sublime perfeccion, a esa perfeccion que consiste en dar a la realidad una naturaleza ideal, sobrehumana, sin desnaturalizarla, es decir, creando por medio del arte lo mismo que cria la naturaleza, pero creándola mejor que ella. Esto fué lo que izo el arte griego; ese arte que es la mas bella exaltacion de todo lo que es bello en el universo, i eroico en la humanidad.

Imajinad aora las ideas que debieron producirse cuando la lenta i majestuosa civilizacion del oriente vino a mezclar sus profundas i metafísicas especulaciones con las ideas i los ábitos de este jenio griego tan petulante i tan sagaz, tan lijero i tan fogoso en sus acciones como en sus conceptos. La Grecia adoptó indudablemente los frutos de aquella cultura, i reconoció el imperio de la sabiduría oriental; pero era imposible que al mismo tiempo no se descubriera un antagonismo natural, i que las diferencias que tan profundamente dividian a los dos pueblos, no surcaran la istoria con una guerra perpétua, encarnizada, guerra de raza a raza, inestinguible, desafio a muerte que comenzó así que se conocieron i que no acabó sino cuando uno de los dos combatientes, exánime i destruido, puso su serviz bajo la planta orgullosa i petulante del otro. Darío sucumbió al golpe de la civilizacion griega. Alejandro, señores, era discípulo de Aristóteles.

Este antagonismo de las civilizaciones de oriente i occidente ocupa, señores, una de las mas fecundas pájinas de la istoria; permitidme mirarla de cerca.

Despues de la famosa guerra de Troya, la raza griega quedó dominando completamente en las costas de la Asia-menor. Ricas i populosas colonias desenvolvian allí una brillante civilizacion, una civilizacion ataviada con todas las preciosidades i las lujosas fabricaciones que el comercio terrestre traia desde el fondo del oriente. El pueblo griego de estas comarcas era exactamente el mismo que os acabo de pintar, inquieto i traficante, poeta i guerrero. Cada una de las ciudades de aquellas costas preciosas era un remedo de la coqueta Aténas.

Con este desarrollo del espíritu griego sobre las costas asiáticas, coincidía el engrandecimiento del opulento imperio de los Persas. Mucho tiempo acia ya que éstos tenían frecuente i vivó contacto con los griegos, contacto que se acia poderoso a medida que los primeros estendian progresivamente su dominacion ácia el Mediterráneo. El antagonismo de espíritu, de que ántes os e ablado, se izo sentir desde el primer instante. Las colonias griegas conocieron perfectamente que el pueblo que se les acercaba era un enemigo mortal, i no se descuidaron, por cierto en mostrarle sus profundas antipatías. Complicáronse los sucesos de tal modo, que fué ya imposible contener el estallido. Cuestiones lijeras entre Mileto i los Gobernadores persas, dan principio a las disenciones; i como la guerra está ya en todos los ánimos, como es una necesidad íntima del espíritu de las dos razas, se enciende en un solo momento vigorosa i ardiente. Los Atenenses la emprenden con un atrevimiento i petulancia sin ejemplo, por medida previa incendian a Sardes. Las llamas de este incendio tan atrevidamente levantado en el pais enemigo, por un pueblo insolente i lijero, a quien la gravedad persa no podia mirar sin repugnancia, inician una guerra sangrienta, que no se extinguirá sino el dia en que el viento del desierto venga a desparramar las cenizas de Persépolis i de Tiro, incendiadas como Sardes, por el fuego griego en el acto final de este drama memorable.

Inútil, es señores, que os detenga en cada una de las peripécias sublimes, en cada una de las heroicas azañas que brillaron durante esta lucha importante.

La Grecia se sobrecojió un momento al verse acometida por las fuerzas todas del oriente. Perdió sus riquezas; sus colonias todas quedaron bajo el dominio de su adversario, i ni aun asilándose en sus propios puertos lograron sus bajeles escapar; gran parte de su territorio, i sus aliados todos se sometieron. Apenas la atrevida Atenas se mantiene decidida a jugar en un combate la suerte del estado i la suerte quizá de todo el mundo. Todos sabeis, señores, lo que sucedió en Maraton.

Despues de Maraton sucedió lo mismo en Platea, en Salanima i entonces lució ya el dia de la gloria i el poder de la Grecia para no eclipsarse jamas, i para acerla eternamente el astro de las naciones occidentales.

Sin embargo, ningún pueblo se emancipa completamente de sus tradiciones. En toda nacion ai fracciones que defienden el pasado con mas o ménos fé, i que viven impregnadas de su espíritu.

En Grecia abia varias razas especiales, muchos caracteres nacionales, mui poca unidad de doctrinas i de costumbres. Dos razas sobre

todo mantienen entre sí una abierta i decidida lucha. Los Jónios i los Dórios no se avienen a vivir en cercanía; difieren íntimamente en ábitos en ideas, en principios políticos, en propensiones nacionales, i asta en resultados. Aténas es el foco de la innovacion, es la jóven cuya frente se muestra adornada con una cadena de revoluciones que brillan sobre ella como un cinto de diamantes. Pero la fogosa Aténas tiene a su frente, a sus puertas, a Esparta la astuta, la egoista, la tradicional, la del corazón de hierro como su moneda semibárbara: de jenio oscuro, aristocrática, sacerdotal i retrógrada, Esparta abia heredado mejor las tradiciones del espíritu asiático, anudándolas con sus tradiciones semi-salvajes i primitivas. El patriotismo i las costumbres eran feroces en Esparta; las ideas i las doctrinas, tradicionales; el espíritu público, taimado i taciturno, solo se acia sentir como el eco sacramental que sale del fondo de un santuario. Si quereis conocer el espíritu de la raza jónica, el espíritu de Aténas, volved completamente la medalla; imaginad todo aquello que podais de mas contrario a Esparta.

Pero es preciso no olvidar que Esparta era tambien ija de la Grecia, i que le convenian, por lo tanto, las brillantes i enérgicas cualidades del jenio propio de todos los pueblos naturales de este pais.

Mas léjos estaba la Macedonia; i el espíritu asiático se reflejaba en ella con alguna mayor influencia; vivian los Macedonios bajo las condiciones de un verdadero despotismo. Fascinado este pueblo por la civilizacion jónica, atraído por el brillo del jenio griego, comenzó a sentir una transformacion parecida a la que vemos realizándose oi en la Rusia, su parienta cercana, por el influjo del espíritu frances. Así tambien en Macedonia las altas clases i la corte se icieron griegas, sin que la cultura descendiese a las clases bajas ni trasformase el carácter patriarcal i despótico de las relaciones políticas.

Tales fueron los tres pueblos que quedaron armados; i mirándose de cerca en el estrecho territorio de la Grecia, despues que se completó la primera faz de la guerra gloriosa de los Persas.

En el principio, Aténas fué la mas fuerte, por sus prestijios, por sus glorias i por su poder. Su misma importancia le dió aspiraciones necesarias a la dominacion completa de todos los pueblos griegos, i quizo hacerse centro de una nacion sin centro i sin unidad asta entónces, de una nacion compuesta de pueblos parientes, pero diversos, incoerentes, uraños. A falta de unidad de espíritu i de intereses, Aténas se propuso crear la unidad del poder, i se empeñó en una lucha larga i sangrienta contra las resistencias del espíritu local. En vano fué que su gran Pericles la cubriera de glorias en la guerra civil del Peloponeso,

en vano que la hiciera el centro de todas las artes, el foco de todas las maravillosas producciones del talento, de la filosofía i de la poesía: en vano que la hiciera un brillante panorama del mundo de aquella edad. La Grecia sacude el yudo de la centralización. Atenas es una sola ciudad, no es una nación; las otras ciudades, las otras fracciones de la nación la aogan, i cometen el fratricidio para salvarla de la centralización. Pero el espíritu de la unidad reaparece con Esparta que se abia engrandecido a la sombra de las desgracias de Atenas, que abia medrado absorbiendo i representando el espíritu local que abia luchado contra aquella, i que por haber sido la cabeza de la alianza federal, se creia con derecho para ser la cabeza de la nación griega. Nuevas resistencias del espíritu local. Levántase Tebas; levántase. . . . ¿Para qué os detengo, señores, mas tiempo sobre una lucha intestina, que no ace mas que repetir el mismo principio i sacar siempre el mismo resultado.?

A fuerza de luchar contra el espíritu de centralización, la Grecia política se disuelve; su espíritu público se destroza a si mismo entre arrebatos de anarquía, abdica sus soberanos prestijios, i escondiéndose en el recinto de las meditaciones metafísicas, no ace mas por la tierra que darle miradas de desprecio con una sublime indiferencia. No me acuerdo aora, señores, de un modo preciso, de que época es Zenon: lo que si puedo asegurar es que su filosofía data desde entónces.

Entre tanto, la Macedonia era una verdadera nación, populosa i dominada por un fuerte espíritu de centralismo, que estaba encarnado en un rei absoluto, en un verdadero Monarca. Las rejiones subalternas del gobierno estaban en mano de una nobleza rica en tierras, ilustrada i guerrera, caballereza: en una especie de señoría feudal, en fin, ajitada por el espíritu griego.

Esta fué la nación que de improviso vino a mezclarse en los asuntos de los griegos, tomando parte contra unos i en favor de otros. Sucedió, señores, lo que debia suceder entre tantos pueblos aislados i rivales que se acen la guerra, i que se ven al fin obligados a tomar por aliada o a rechazar como enemiga, a una nación compacta, dirigida por un solo jefe, llena de táctica, i de disciplina militar.

La Macedonia absorbió uno a uno los estados de la Grecia, i despues de haber umillado i destruido el espíritu local de cada uno, despues de haber desnaturalizado la independencia civil del jenio griego, les impuso a todos por medio de una fuerza militar irresistible, una verdadera unidad, i colocó su Rei a la cabeza de la Grecia entera. Es cierto, señores, que la obra no fué tan rápida como mis palabras, pero duró poco: tres jeneraciones bastaron para consumarla; Filipo la heredó de Amintas i la transmitió casi concluida al grande Alejandro.

Aquí señores, se abre de nuevo una magnífica escena en el drama de la historia. Desde que el espíritu griego entra en reposo i comienza a sentirse libre de las agitaciones interiores, vuelve sus ojos a todas partes, buscando con avidez a su eterno enemigo el espíritu oriental. El Déspota de los griegos no puede sufrir que reine en la tierra el Déspota de los orientales; i despertando las tradiciones eróicas de las antiguas guerras, se lanza sobre los opulentos imperios del Asia, llevando por cortejo ideas nuevas; doctrinas revolucionarias, razas desconocidas, principios políticos de democracia, i una filosofía crítica que iba a saborear por primera vez el placer de analizar de cerca los venerados misterios de la sublime teología del Oriente. Yo, señores, repito aquí lo que tantos célebres autores han dicho, porque me parece una eterna verdad: en esta rápida recogida de pueblos griegos que hizo Alejandro para lanzarse con todos ellos sobre Darío, es preciso confesar que ai un sentido mas profundo que el que tiene una guerra ordinaria: todos estos movimientos muestran patentemente una civilizacion alzándose en masa para invadir a otra, i proponiéndose erirla en el mismo corazon para arrebatarle por siempre el poder i el porvenir de la humanidad. I se lo arrebató, señores. ¡Echad la vista por todas partes; estudiad bien las naciones del siglo diezinueve; i decidme si descienden o nó del espíritu griego por línea recta; decidme, en que escuela nos formamos una idea mas fija de la libertad política del ciudadano! ¿No veis cómo conservamos respetuosamente en nuestras memorias, desde que somos niños, la noticia de los acontecimientos i la biografía de los ombres de la Grecia? ¡Cómo dudarlo señores! Ningun pueblo puede oi ser libre sin que sienta correr en sus venas el espíritu griego; i por eso es que todos los pueblos civilizados del mundo saludamos a la Grecia con un respeto tierno i filial.

Los acontecimientos de la famosa expedicion en que Alejandro izo pedazos la unidad política del Oriente, son conocidos aun por los niños desde sus mas tiernos años. No me detendré, pues, en ellos; ni aré aquí otra cosa que anudar los grandes echos de esta istoria para presentaros el cuadro del espíritu social de estos tiempos.

Abeis visto, señores, con qué magnificencia i profundidad abia levantado el Oriente una vasta i grandiosa ciencia de Dios. Abeis visto como abia embutido en esta ciencia al ombre i a la sociedad, eliminando todo movimiento i destruyendo todo jérmen de libertad individual, todo principio de personalidad. ¡Bien! qué abeis visto despues en Grecia? . . . Una revolucion completa. El principio individual lo invale todo, i se sobrepone en la relijion, en las artes, en la política, en el comercio i en la literatura. El panteismo político, literario i relijioso, se desmembra, se

rompe al acercarse el espíritu griego, como cuando un viento rejenador acomete la tormenta, i dispersando la negra masa de nubes en diversas direcciones, las impele i las persigue en todas ellas con una valiente velocidad.

Ahora pues, si la humanidad i la civilizacion deben al Oriente la verdadera ciencia de Dios, a la Grecia le deben la mas osada i perfecta imájen del ciudadano libre, del ombre republicano, le deben en fin, el fundamento de las ciencias sociales.

Pero es preciso confesar qe mucho abia de imperfecto en el estado social del espíritu griego. Nacion sin unidad; sociedad sin ciencia, aunque con grandes i nobles pasiones: lejislacion sin moral; república sin verdadera democracia, pues tenia millones de esclavos; tal es, señores, el verdadero estado interior de la sociedad griega. ¿Sabeis lo qe comprendió atónita la Grecia desde qe comenzó a comunicarse con el espíritu oriental? Comprendió qe era ignorante, comprendió qe aunque patria de las artes, del civismo de la eroicidad, no era la patria de la filosofía, ni el terreno de esa vasta moral qe asienta su principio en el seno mismo de la unidad divina.

Desde entónces el espíritu griego comienza, señores un nuevo trabajo de asimilacion. Con ese admirable sentido de artista qe lleva en su organizacion misma, con ese precioso instinto práctico, lójico i positivo qe lo distingue, se apodera de las profundas i metafísicas especulaciones del Oriente i comienza a desilarlas una a una, dándoles despues formas terrestres, aplicables a la sociedad i a la moral misma del individuo. Aunque en distinta esfera, fácil es ver qe este es el mismo trabajo anterior, qe es una continuacion lójica del mismo principio de la tendencia a individualizarlo todo dándole las formas humanas. Todos los filósofos griegos, por opuestos qe sean los sistimas qe los dividen, trabajan, señores, por el mismo objeto. Su vivo anelo es acer prácticas, acer individuales la ciencia i la moral; así es qe lo qe Platon busca por la *deduccion*, es exactamente lo mismo qe Aristóteles busca por la *inducion*; pudiendo siempre decirse la misma cosa de todos los otros sistemas de filosofía moral, lójica o metafísica qe a forjado la intelijencia griega.

¿Me preguntareis ahora, señores, para qué a servido la Grecia? Pues bien; yo os respondo qe ella esta qe a individualizado todos los conocimientos humanos, empezando el gran trabajo de propagacion práctica i positiva qe ahora recién vamos alcanzando de un modo completo i satisfactorio. ¿Sabeis, señores, en lo qe vino a parar el asídúo trabajo de asimilacion qe durante la guerra de los Persas comenzó la Grecia a

verificar sobre el conjunto de las doctrinas teológicas del Oriente? Pues vino a parar, por un lado, en el profundo i sapientísimo *Derecho Romano*; por otro, en la perfecta i divina moral del *Cristianismo*. Si estudiáis con atención lo que es de fundamental en el uno i en la otra, vereis que es la asimilación hecha por el espíritu griego de la majestuosa teología del Oriente. Pero, no debo trastornar el orden de los tiempos: no debo ablaros todavía de estos inmensos resultados de la civilización antigua. Lo que si debo hacer, es advertiros que al ablar del cristianismo, como de una asimilación verificada por el espíritu griego, no pretendo ablaros de las predicaciones reveladas del Hijo de Dios, ni de las sabias i eruditas doctrinas de San Juan i de San Pablo, sino de la elaboración que, sobre todas estas divinas inspiraciones, realizaron los santos Padres de Alejandría i del Oriente, elaboración que acabó por hacer de nuestra religión revelada un sublime cuerpo de doctrinas, un código perfecto de moral metafísica i práctica, individual i social.

Ya veis, pues señores, los resultados a que arribó el espíritu griego: asimilándose las creencias orientales, produjo el jermen de un gran *Código civil* i una *Religión* individualista; religión de libertad i de emancipación, que comienza por formar i desenvolver la conciencia de cada individuo para hacerla el foco de una moral indestructible, i tanto mas grande, cuanto que nace de lo íntimo del corazón de cada individuo i se eleva hasta anudarse en el centro mismo de la síntesis social.

Pero, señores, no se puede ablar de Código civil ni de Cristianismo, ni se puede comprender bien el principio civilizador de la Grecia, sin que se alze ante nosotros el pueblo arcáico de la Antigüedad—el *Pueblo Romano*.

Sabeis ya, señores, que al mismo tiempo que la Grecia se apropiaba en Atenas i en Alejandría la sabiduría oriental i la encarnaba definitivamente en el espíritu moderno, por medio de una filosofía, de un Código i de una Religión sin rivales, en la serie de los tiempos antiguos, era también cuando relajados en su propio seno todos los vínculos de la libertad política, había sometido su joven i despejada frente, esa frente que ceñía las coronas del arte, de la victoria i de la filosofía, al grandioso pero despótico yugo de Alejandro el grande.

No soy yo, señores, quien lo digo, sino los grandes sabios de la Europa; Alejandro era la perfecta encarnación del espíritu griego. . . . ¿Queréis conocer este espíritu estudiando su encarnación? Pues bien; miradla! os la pondré bien cerca. Para conquistar el oriente entero (porque tal fué su idea ambiciosa) marcha de pueblo en pueblo, fingiéndose discípulo i creyente de cada una de las doctrinas religiosas que encon-

ra, alza las preocupaciones de todos los cultos, se arrodilla con una seriedad imperturbable delante de todos los ídolos, aciéndose el ermano de todos los sectarios. ¿Qereis una prueba mas concluyente, señores, de qe el discípulo predilecto de Aristóteles, ombre de una intelijencia tan vasta como atrevida, no era otra cosa qe un escéptico perfecto?... I si Alejandro, el discípulo no creia en relijion alguna ¿en cuál decidme creeria Aristóteles su maestro. I si Aristóteles estaba dominado por tal espíritu, deducid cuál seria el de la filosofía griega toda entera, i cuál el de la escuela qe este filósofo dejó constituida tan sólidamente. Al ablar de estas cosas, no puedo ménos qe acordarme del mas célebre i brillante de los déspotas modernos. El paralelismo es tan perfecto, qe cuando recuerdo el escepticismo relijioso del discípulo de Aristóteles, no puedo ménos qe mirar a Napoleón, al ijo del siglo XVIII, al fruto de la revolucion francesa, al egoista i astuto discípulo de la escuela de Voltaire, pactando con todas las relijiones i llamándolas, segun el pais qe qeria dominar, para qe diesen prestijios i apoyos a su poder. Comparad, señores, el fondo de las dos épocas; comparad las dos encarnaciones del espíritu moderno; comparad las dos sociedades qe lo an representado mejor, en la antigüedad i en nuestros dias, i deducid. Lo qe yo deduzco, señores, es qe en la época de la decadencia del espíritu civil de la Grecia, se levantaba una filosofía atrevida, qe pretendia establecer el principio de la moral social i del órden político en el fondo de cada conciencia, sin mas base qe la libertad individual, renegando todas las tradiciones teocráticas qe la ciencia traia del Oriente. Vais a ver como fué preciso qe Roma destruyera por medio de sus portentosos códigos civiles, cierto principio de anarquía qe encerraba necesariamente esta pretension, i qe el Cristianismo viniera, al mismo tiempo, a desalojar el espíritu escéptico qe se abia amalgamado ilejitimamente con la filosofía brillante i saciable de la Grecia, para qe la civilizacion moderna pudiera cantar su triunfo, i llegara asta nosotros, bañada en sangre, es verdad, pero repr esentando la alianza preciosa de la relijion con la filosofía, de la creencia i de la libertad, del sacerdote i del ciudadano. A la Grecia se debe, señores, qe la civilizacion no necesite de castas teocráticas qe la alimenten, ni de templos qe la protejan, sino de ombres sábios, de ciudadanos intelijentes i estudiosos, de industria i de libertad.

Os voi a decir, señores, porque motivo el espíritu de la civilizacion griega era progresista i trastornador al mismo tiempo qe el de la civilizacion oriental era definitivo i estacionario. Dos palabras me bastarán para ofreceroslo con toda claridad. El primero era filosófico, estrictamente ablando; i el otro, *teolójista i relijioso*: el uno creia i el otro reflexionaba.

I bien! ¿Qué es creer? creer es poseer la verdad por entero, definitivamente, sin admitir mejoras ni progresos. Cuando la creencia abraza todos los ramos de una civilizacion i se ace el centro esclusivo de todas las cosas sociales, el espíritu umano se estanca, se paraliza, i abdica su libertad. Eaqí el espíritu oriental, e aqí el *espíritu definitivo* de los sistemas religiosos. La Grecia no se parecia al Oriente, era progresista i revolucionaria, porque creia poco i razonaba mucho. Decidme aora, señores, ¿qué es razonar? razonar, es remover todas las ideas, analizar todas las teorías i todos los objetos; es tener la duda en el alma i no creer en los descubrimientos progresivos de la intelijencia umana. Eaqí porque el espíritu griego era *progresivo*, i porque lo es el espíritu de toda filosofía.

Aora pues; ¿qué era lo que faltaba a la sociedad griega para representar el espíritu completo de la civilizacion moderna? poder politico i moral personal. Entónces, señores, justo es que abandone la escena, i que lleguen pronto Roma i la Judea a dar a la umanidad los elementos de que necesita para su completa felicidad.

El espíritu de la civilizacion moderna pedia, en aquella época, leyes fuertes i un Estado vigoroso: para obtenerlos necesitaba un pueblo nuevo; constituido, no como la Grecia, sino de tal modo que la anarquía no pudiera penetrar en él, i que fuese un poderoso foco de centralizacion: no de un espíritu inmóvil, como los pueblos de la Asia, sino capaz, por su jenio mismo, de experimentar en su seno radicales revoluciones que lo tengan siempre en un continuo desarrollo interior, i en un perpétuo movimiento de expansion. Este pueblo, con su estado fuerte i desenvuelto, con su lejislacion cierta i firme, con una constitucion, en fin, que sabia crear grandes intereses nacionales, i ponerlo bajo la éjida protectora de una clase poderosa, compacta i perfectamente constituida; este pueblo, señores, apareció: su nombre es *Roma*. ¿Queréis conocerlo bien? Oid al mas grande i erudito de sus poetas.

Escudent alii spirantia molliús æra,
 Credo eqidem: vivos ducent de marmore vultus,
 Orabunt causas melius, cælique meatus
 Describent radio, et surjentia sidera dicent.
 Tu regere imperio populos, Romane memento:
 Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
 Parcere subjectis, et debellare superbos.

Tal era el destino que la prediccion del padre Anqises señalaba a la futura Roma, desde la morada de los justos. Bien se vé que Virjilio conocia a fondo el carácter de su nacion.

La Italia, señores, no era para los antiguos lo que fué la América, por tanto tiempo, para los modernos. Basta leer a Virjilio, poeta tan sábio i tan erudito como el mas prolijo historiador, para ver que desde los tiempos fabulosos de la guerra de Troya, las costas de Italia fueron frecuentadas por mucha concurrencia de extranjeros. No sé por cual causa nos sucede a todos, que al pensar en la antigüedad, se nos ocurre la imájen de una época de aislamiento i de paralización, de una época en que los pueblos vivian sin relaciones i sin trato recíproco: no, señores: esta es una injusta preocupacion. Era tan grande el comercio marítimo que abia en el Mediterráneo, tales las riquezas que el tráfico desparramaba por todas sus costas, desde las columnas de Hércules asta las embocaduras del Nilo, que quizá no sería aventurado asegurar que el comercio de oi mismo no excede, de un modo extraordinario, al de entónces.

Entre todos estos pueblos, señores, abia tres que se abian echo célebres i conocidos en casi todas las costas del Mediterráneo, por la estencion de su tráfico marítimo, por la habilidad con que proveian de mercaderías a todos los pueblos, por la destreza i astucia con que acian sus tratos, por su osadia para arrostrar los peligros de la navegacion, i por cierto espíritu guerrero, insolente, sociable al mismo tiempo, sagaz, i experimentado como el de ningunos otros. Estos pueblos, señores, eran los Fenicios, los Griegos i los Etruscos.

Si quereis tener una idea de la estension del comercio antiguo, i saber astadonde se conocian a fondo todos los pueblos de aquella época, recurrid a la Biblia, sobre todo, a las Profecias de Isaias i de Ezequiel: allí vereis caracterizado cada pueblo, con sas ábitos, sus creencias i asta con las producciones mismas de sus fábricas. Si pues los judios, que eran entónces una nacion oscura, tenian un conocimiento tan cabal de las teorías, de los echos i dela situacion moral, mercantil i política, en que el mundo estaba en esa época, juzgad cuáles debian ser estas comunicaciones i este amalgama de creencias i de intereses, en los pueblos mas notables de ella.

Dos son las consecuencias importantes que resultan de este echo. Una, es relativa a la Judea, que os mostrará con que principios i acrecencias, se elaboraba el espíritu judio, preparando en el seno de la nacion una doctrina filosófica i moral, que presajiaba una gran rovolucion. La otra consecuencia, señores, es, que la Italia tenia, desde los primeros tiempos, pueblos (debiera decir naciones) desenvueltos, cultos, navegantes, en fin, i que el jérmen de la civilizacion occidental estaba pródigamente distribuido sobre su terreno.

Las ciudades etruscas, las ciudades del país *Latino*, Cápua i Alba tantas otras célebres desde los tiempos primitivos i fabulosos de la Istoría Romana, prueban asta donde era civilizada esa Italia, aun ántes de qe comenzara a figurar la grande Roma. Cierto es, qe cuando Roma se sobrepuso a todas sus ermanas, an debido venir el orgullo, la vanidad i la poesía nacional, a ponderar con exajeracion el desarrollo social de estas ciudades: los romanos mismos an debido exajerar el poder i las riquezas qe tenían los vencidos, para dar una idea jigantesca de sus gloriosas victorias i de su grandeza militar. Pero de ningun modo se puede dudar de qe Roma fué una colonia latina, una rama inferior de la gran civilizacion etrusca, cuyo foco era todo el país qe oi se llama la *Toscana*, i cuyo principal campo de accion era el mar qe baña este territorio, llamado aun oi, *Mar tirreno* (1).

Roma, señores, era un pueblo lejano de las costas mas frecuentadas por el extranjero, i qe casi tocaba por sus orillas con la bárbarie italiana, con las razas i las tribus salvajes de las montañas. Esta posicion acia, naturalmente, qe brillaran en este pueblo, de un modo fuerte, el jenio, las cualidades orijinales del espíritu, indijena italiano un tanto desvanicidas en todos los otros puntos mas cercanos a la Grecia, por el roce con los intereses i los traficantes extranjeros. La altivez, la crueldad imposable del salvaje, la astucia del tigre, el rencor, la concentracion, la dureza de los sentimientos, cierta capacidad para buscar con paciencia i con frialdad el medio i el tiempo mas oportuno para acer triunfar una intencion; i otras muchas cualidades de este jénero, qe aun oi dia forman el fondo del verdadero carácter italiano (del carácter de los campesinos, qe lo conservan puro porque el monaquismo i servilidad, dominantes en las ciudades, no se lo an corrompido); mil cualidades de este jénero, digo, formaban la parte saliente i marcada del espíritu romano.

Aquí teneis este pueblo semi-bárbaro todavia, puesto en talsituacion, qe tiene qe luchar de un modo incesante contra las tribus bárbaras, qe tocan por el norte con su territorio, mientras qe al medio-dia ve estenderse comarcas ricas, civilizadas i desenvueltas, qe a la vez qe encienden su codicia, le inspiran repugnancia, por el yugo colonial qe le tienen impuesto. Atacado i contenido por los dos extremos, favorecido por una magnífica posicion topográfica, i por el dedo de Dios qe lo preparaba para grandes cosas, desenvolvía, por una consecuencia natural de su posicion misma, un fuerte espíritu de concentracion i de

(1) Los antiguos llamaban *Tirrenos* a los Etruscos.

guerra; es decir, se preparaba a brillar con una gran centralización nacional, i con una poderosa fuerza de expansión: su mismo genio nacional lo preparaba para ser el Demonio de la *Politica* i de la *Guerra*.

Esta posición incomodada diariamente por dos espíritus extranjeros i diametralmente opuestos, contribuía de un modo efficacísimo a la conservación i desarrollo de su genio indígena i primitivo. Aun en los tiempos más cultos de la República, la familia romana conservó siempre el sello de la tribu bárbara: el padre de familias es el único miembro del estado, los demás apenas son cosas. ¿I qué es un *Patricio romano* sino un jefe de tribu? La sociedad romana, en el tiempo de su mayor gloria, no es en el fondo sino la asociación de las tribus italianas, fundidas en el molde romano. Esta sociedad nacía, pues, con un indestructible principio aristocrático; porque, siendo tribu la familia romana, la asociación nacional no podía ser otra cosa que la asociación de los jefes de esa tribu. Reflexionad, señores, ahora, que esta es la primera vez que aparece en los tiempos antiguos el espíritu aristocrático, sosteniéndose, sin contradicciones, en el espíritu público de una fuerte nación; i deducid cuán poderosamente a contribuido este hecho a introducir el genio del estado i de la ley en el espíritu de la civilización occidental, que como abeis visto antes, carecía de ellos desgraciadamente.

Roma por participar un tanto de la civilización i cultura etrusca, luchaba ventajosamente contra los bárbaros que la rodeaban; i por ser un tanto salvaje, luchaba contra los pueblos cultos que tenía a las inmediaciones. Llevando de frente con una energía particular estas dos guerras, i (cosa asombrosa!) realizando en su propio seno las revoluciones de que necesitaba para desenvolverse en una escala mayor, Roma comienza sobre la Italia un trabajo maravilloso de absorción. Arroja los Reyes de su seno, cambia de formas políticas, somete las tribus bárbaras, i logra al fin imponer su dominio sobre los cultos i semi-griegos pueblos de la Etruria.

Fijaos en la coincidencia notable que os voy a detallar: cuando Roma, representando el genio italiano, invadía el genio griego o *pelasgo* de la Toscana (Etruria), era también cuando la Grecia, desfallecida ya, consumida por exceso de juventud i de pasión, dejaba flotar las riendas del carro de la civilización que con tanta gracia i brillo había conducido; era cuando Alejandro se lanzaba sobre el Oriente, pulverizaba esa fastuosa i opulenta civilización; pero moría un momento después, dejando un amalgama impuro de pueblos i de espíritus opuestos, en vez de sociedad, i la más horrible anarquía, en vez de Gobierno i de Leyes. ¡Juzgad

ahora de las previsiones de Dios! Entónces era cuando Roma, es decir, la asociacion convertida en fuerza i en poder de hierro, se lanzaba con los brincos del leon a las costas occidentales del Mediterráneo, de ese mar, foco eterno de la civilizacion occidental.

La empresa de conquistas i de absorciones en que se echaba el pueblo rei contra las ciudades griegas de la Italia, era entónces mui fácil; estas ciudades no podian ser auxiliadas por la Grecia, a causa del estado de aniquilamiento en que se allaba. Solo una vez vino Pirro a defender a Tarento; pero ya era tarde. Tarento cayó. Los romanos aprendieron la disciplina griega, la perfeccionaron; i lograron acer que Pirro mismo, el gran guerrero de la época, fuese a darlos a conocer por todas partes como una *gran nacion*.

Ahora, pues; miétras que Roma absorbe la civilizacion occidental, seriamente comprometida en el oriente, una colonia de la Fenicia, (asiática por esto) sirve de refugio, en las apartadas costas de la Africa, a las tradiciones orientales i semíticas, que abian sido derrotadas en la Persia.

Los enemigos fujitivos de Alejandro, los ricos habitantes de Tiro i de Sidonia, i muchos otros hijos del Espiritu Oriental, vienen buscando abrigo (i lo encuentran) en la floreciente Cartago. ¿Qué es esto, señores? ¿Qué leyes son estas de la providencia tan lógicas i tan maravillosas? Cuando parecia que la guerra iba a cesar, por la muerte de la Grecia i del Oriente, que abiéndose tomado a brazo partido, se an sofocado entre sí; i cuando parecia que el mundo iba a quedar indolentemente sumido en una lánguida barbarie, empiezan a brotar, de nuevo, ámbas civilizaciones, depositando sus jérmes en dos grandes pueblos, destinados a abrir una nueva lucha, por los mismos principios, con las mismas banderas, i al fin, con el mismo resultado. ¿Qereis más? pues mirad en las Cruzadas la continuacion de la misma empresa: mirad a la Inglaterra, luchando por acer triunfar el espíritu occidental en la mas vieja de las naciones orientales: mirad a la Francia: echándose sobre los descendientes de Anibal i de Jugurta, i devorándoles su patrimonio, para convertirlo en bien europeo, en civilizacion occidental. Pero esto, señores, es traspasar mi objeto, i debo volver a él pronto; nó sin valerme de esta digresion, para mostráros cuanto tienen de griegos i de romanos los pueblos modernos. Son los hijos, que reclaman a mano armada la erencia que sus padres les dejaron. El verdadero grito de la guerra i de la filosofia occidental a sido, desde entónces asta nuestros dias—¡Muera todo lo que es oriental! Los ingleses en Asia, i los franceses en Africa, luchan con este fin; pero es preciso confesar que tienen trabajo para muchos siglos todavía, porque como dijo el poeta:

Tant molis erat Romanam conderere gentem!
Vuelvo a la antigüedad, señores:

La tenéis ya dueña de la Italia; sin dejar de ser italiana, comienza a experimentar una fecunda trasformacion; el espíritu griego de la Etruria, que se a abrigado en su seno, principia a trabajar sobre sus elementos sociales, i a desenvolver las semillas de una poderosa civilizacion. Roma a vencido a toda la Italia; pero, al mismo tiempo, a traido los abitantes de los pueblos mas cultos al recinto de sus murallas, i los a fundido en la asociacion; de modo, que a medida que conquista, ensancha la asociacion política de la ciudad, i estiende la basa fundamental de su dominacion i de su poder. No se contenta con esto, sino que establece colonias romanas, *municipios*, en todas los puntos que quedan vacios por la traslacion, que ace a su seno de las poblaciones vencidas: así es, como vuelve romanos los territorios conquistados, i romanas las jeneraciones que suceden a las jeneraciones vencidas. Ya veis, señores, si tenia razon al decir que este pueblo iba a ser el Demonio de la política. Pero no todo lo fundia en la asociacion civil: de sus victorias ácia otra parte de ombres, que dejaba fuera de todo derecho, i que adjudicaba, como esclavos, a sus patricios agricultores; por consiguiente, esta clase miserable cubria las campañas italianas.

Los Patricios, los Ricos, los Plebellos i los Esclavos, eran en resúmen, los verdaderos elementos que componian la Asociacion Romana. El pueblo i los esclavos eran dos clases terriblemente oprimidas: vais aver de que manera.

Como la agricultura era la industria fundamental del primitivo pueblo romano, se acia sentir en la sociedad una constante necesidad de aumentar las propiedades territoriales. La aristocracia, que estaba a la cabeza del gobierno, i que era clase dominante, era tambien la que sentia mejor esta exigencia, i la que empleaba los medios oportunos de satisfacerla. Roma, pues, se acia dueña de las tierras conquistadas, i las repartia entre sus soldados, que eran sus mismos ciudadanos plebeyos. Mas, como estos eran pobres, carecian necesariamente de los medios de labranza i del capital que siempre es necesario emplear en los trabajos de la agricultura, i se veian obligados a tomar dinero de los ricos, con las fuertes usuras a que la concurrencia misma elevaba el valor del capital. La industria de los pobres nacia así, desde el primer instante, agoviada bajo el peso de una terrible necesidad. No era esto solo lo que los oprimia: no bien acababan de sembrar, cuando eran arrastrados a nuevas guerras, a nuevas expediciones; de manera, que para pagar sus deudas, tenian que entregar sus propiedades o que venderlas a los ricos

acreedores. ¡Ai del plebeyo que no tenia con qué pagar! Venia el noble, le ponía al cuello la cadena de la esclavitud, i lo acia siervo, asta que se rescataba con su trabajo personal. Las leyes de las *Doce Tablas* manifiestan bien cuán frecuentes eran los casos de este jénero en la República Romana. La miseria del pueblo llegó a ser tal, que los padres mismos vendian sus tiernos ijos para comer o para pagar.

Los esclavos, por otra parte, eran numerosísimos, constituian una clase verdaderamente miserable bajo todos aspectos, oprimida, i que por todo esto abrigaba un ódio profundo, inextinguible contra sus amos.

La aristocracia comprendia mui bien la posicion del Estado. Puesta en la necesidad de oprimir, desenvolvió un espíritu legislativo singular. Este resultado es propio de toda aristocracia: todas ellas son eminentemente legislativas, porque se ven obligadas a tocar los resortes mas propios para producir una opresion legal: los Estados que sienten semejante necesidad, de un modo constitucional, echan mano de la lei, i buscan con ella el modo mejor de establecer reglas fijas de despotismo, apoyando sus teorías políticas en sutilezas de ingenio, que tienen por objeto organizar la sociedad en beneficio de un interes dominante. Así es como se a criado, señores, esa maravilla de los *Códigos Romanos*. Para acertar a dar la regla en tantas menudencias, era preciso que el poder tuviera un interes vital en la lei, i que se dedicase a formularla con el mas escrupuloso esmero. Ya veis, pues, como Roma venia al mundo constituida de tal modo, que no solo traía para la civilizacion occidental el espíritu del *Estado*, sino tambien el espíritu de la lei. Faltábale el espíritu de la *Moral*, como pronto lo vamos a ver.

Ademas de las dos clases oprimidas, de que ya e hablado, comenzaba a formarse otra, que desparramada en toda la Italia, no estaba nada favorecida por las instituciones romanas. Esta era la de los ombres libres, que sin ser ciudadanos romanos, eran súbditos de Roma; clase compuesta de todos los abitantes de las ciudades italianas, que no podian ser trasportados a Roma por la excesiva poblacion que ya estaba aglomerada en esta inmensa ciudad. Estos ombres i sus familias no gozaban ninguna de las ventajas inherentes al carácter de ciudadano; pero viéndose oprimidos por gran número de imposiciones legales, sumamente onerosas, aspiraban ardientemente a tomar posesion de la ciudadanía, sin dejar, por ésto, de abrigar una secreta i franca indignacion contra la opresion central de la *Ciudad*.

La propagacion de las luces que es indispensable en todo pueblo que se desarrolla, introducía ademas en Roma grandes jérmenes de revoluciones i de movimientos políticos. Con aquella poderoso fuerza de espan-

sion, que dan a un pueblo los sacudimientos mismos. Roma se veía fatalmente empujada por la Providencia a conquistar pueblos, para satisfacer la devorante sed de gloria, de riquezas i de poder, que le daba su constitucion ercúlea. Acordaos, señores, de lo que sucedia en tiempo de la revolucion francesa, i vereis de cerca los secretos de esta fuerza de expansion que de vez en cuando sacude a los grandes pueblos. Roma llegó así a constituir un terrible poder militar, con el que sojuzgó a todos los pueblos independientes de la Península italiana. No abia medio entre ser esclavo o señor de Roma. No abia paces respetadas, desde que Roma tenia interes en romperlas. Las mismas agitaciones interiores en que este pueblo colosal vivia, lo ponian en la necesidad de destruir a los demas, i de mantener con ellos una lucha incesante, como único medio de dar ocupacion a los elementos que agitaban i convulsionaban el Estado.

«En el exterior es terrible la perseverancia que despliega para completar sus proyectos ambiciosos; se muestra implacable para llevar a cabo sus designios: ni los reveses la abaten ni los artificios la engañan» (2). ¡Abuela de Maquiavelo, llevabas ya en el seno las doctrinas que tu sombra dictó despues a tu nieta: sabias sobreponeros a todo por la fuerza o por la astucia; penetrabas por todas partes, i realizabas sin remedio lo que una vez abias resuelto! «En vano es que Cartago brille i se fortifique:

. dives opum, studiisque asperrima belli.

«Ni su comercio ni su opulencia la salvarán. En medio mismo de las victorias de su Anibal se presiente su ruina, i se imagina uno estar viendo el Aguila romana cernerse sobre su cabeza, con la vista fija en ella, como en una presa, esperando el momento oportuno de fascinarla para despedazarla entre sus garras» (3).

Efectivamente, Cartago era uno de los mas grandes pueblos de la época. El mas rico i opulento, sin disputa. Ija de los Fenicios, esta ciudad, brillantemente situada, mucho mayor que Roma en edad, se abia echo señora del mediterráneo, por sus colonias i por su activa navegacion. Dueña de la España i de la Sicilia, sentada en medio de un territorio estenso i feraz, estendida sobre las orillas i en el centro del mar mas corrido de aquella edad, era un recipiente de las riquezas del mundo; atravezaba los desiertos sobre que reclinaba su robusta espalda, para traficar con el Asia; i los mares, que ceñian su cintura, para ocupar todas las costas conocidas, desparramando en unos i en otras los frutos de

(2) Lermínier—Introd. a l'hist du droit.

(3) Lermínier—id.

sus fábricas i de su tráfico. El oro corria a torrentes por sus manos, explotaba todas las minas del mundo antiguo, abilidad qe abia heredado de su madre patria. Cartago, señores, era entónces lo qe fué Venecia, la grande i fabulosa ciudad de la edad—média, artista i casi bárbara, poderosa i literata, republicana i despótica, guerrera i mercantil; asta en su organizacion política encontraréis esos famosos tribunales, llenos de misterioso terror, qe fueron el cimiento de las grandezas de la Reina del Adriático. Su espíritu i su civilizacion eran orientales, porqe eran hijos de la Fenicia. En todas las guerras qe los Persas icieron a la Grecia, Cartago se mostró favorable a los primeros, i aun los auxilió militarmente. Los intereses de la navegacion le daban ese espíritu de monopolio, qe veis reinar, por las mismas causas, en la Inglaterra; i de aquí, su odio a las naciones griegas i etruscas, navegantes i mercantiles, como ella. Aunque Cartago, por su posicion, no abia tomado una parte decisiva en las guerras continentales qe abian sostenido las dos razas, no abia dejado, por eso, de acer una guerra a muerte a las poblaciones griegas qe mas se le acercaban. La Sicilia era griega, como sabeis bien; Cartago abia logrado establecerse en esta isla famosa, luchaba con un encarnizamiento formidable por desalojar a sus enemigos, cuando aparecieron en las costas de la Península las primeras lejiones romanas, i empezó a desparramarse por el mundo la fama de sus echos i de su jenio. Aquí empieza, señores, la escena mas importante de las qe componen el gran drama del mundo antiguo—

Es inútil qe os able de las guerras sicilianas qe la raza africano—oriental sostuvo con las ciudades griegas i etruscas encabezadas por la brillante i culta Siracusa, por la preciosa Agrigénto. Aunque Agatocles fué un gran guerrero, i aunque es cierto qe izo un brillante papel en estas guerras tan influyentes para la civilizacion, no podemos mirarlo de otro modo qe como el precursor de los Escipiones: Lo qe debemos buscar, es los grandes resultados: traigámos, pues, a los romanos al lugar de la escena, qe ellos son los qe van a darle todo su interes i su desenlace. Oid al poeta; i vereis la profundidad del odio recíproco, con qe el destino abia dotado a los dos pueblos. El espíritu de Cartago abla, por la boca de Dido; i despues de aber deseado qe los mas terribles daños affjan a la posteridad de Éneas, dice:

Hæc præcor: hanc vocem extreme cum sanguine fundo.

Tum vos, o Tirii, stirpem et genus omne futurum

Exercete odiis; cinerique hæc mittite nostro

Munera: nullus amor populis nec fœdera sunt.

Fxoriare aliquis nostris ex ossibus ultor

Qui face Dardanios ferroque sequare colonos.
Nunc, olim, quocumque dabunt se tempore vires
Litora litoribus contraria, fluctibus undas
Imprecor, arma armis: pugnent ipsique nepotes.

I así fué, señores; Cartago i Roma son el ejemplo del odio mas implacable qe a conocido la humanidad. No ubo tregua ni momento de paz entre los dos pueblos; ninguno de ellos podia tener descanso, sino despues de aber arruinado, por sus bases, a su contrario.

Cuando Roma se asomó a las costas de la Italia, qe dan sobre la Sicilia, venia ya nutrida con la civilizacion semigriega de la Etruria; i aunqe su organizacion política conservaba aun, como conservó siempre, el sello de una austera e inflexible barbarie, sus costumbres privadas, sus ideas i sus creencias, se desenvolvian ya risueñamente al influjo del soplo inspirador de la filosofia i de la literatura griega. Así es qe no solo los intereses positivos, sino las creencias i las antipatías de raza i de espíritu coincidian para acer de esta lucha una cosa séria, profunda, i de alto significado para el porvenir de la humanidad.

Roma venció al fin: el espíritu occidental venció con ella: ese espíritu, señores, qe oi todavía alimenta i vivifica el organismo de nuestros modernós pueblos; i seria absurdo suponer qe las leyes i los resultados de la civilizacion presente no ubieran sido radicalmente diversos de lo qe son, si en vez de ser vencida Cartago por Roma, Roma ubiera sido vencida por Cartago.

Por fin, señores; lo qe importa mas deducir de todo esto, es qe todas aqestas guerras i victorias desenvolvieron de una manera gigantesca, la sábia social de la gran ciudad. Roma marcha, desde entónces, insolente, llena de orgullo, de vigor i de majestad, a la conquista del mundo entero. Aqí teneis, señores, como las diversas oscilaciones de la istoria os presentan de nuevo la misma empresa, la misma ambicion de Alejandro i de la Gresia. Pero en esta vez viene concebida sobre un plan mucho mas estenso, i apoyada por fuerzas mil veces mas poderosas: ya no es un ombre, ya no es un pueblo sometido a él i sin leyes, el qe trata de absorver a las naciones, para fundirlas en el molde occidental: no! aora es Roma: aora es una nacion grande, eredera de aqel ombre, constituida con un vigor singular e imponderable; una nacion qe no a necesitado abdicar su soberanía en favor de un déspota, para realizar la grande obra; sino al contrario, desenvolverse i fortalecerse como asociacion, como pueblo libre, i desplegar naturalmente sus instintos peculiares. La patria, en Roma, no se vuelve ombre, como en Grecia; al contrario, el ombre se vuelve patria, se vuelve nacion; i mil

éros aparecen, qe sin el poder de dominar personalmente, acen dominar el estado Romano sobre el orbe todo. La idea del caudillo se evapora allí ante la idea del estado.

Sin embargo, era tan profundo el terror de qe Roma abia estado poseida durante su lucha con Cartago; tales las tribulaciones, los sérios cuidados, qe abia sentido, por su existencia misma; tales los abismos en cuyo borde se abia mirado, esperando por momentos ser derrocada en ellos; qe, aun despues de qe ya tenia su sandália de ierro puesta sobre el yerto cadáver de su enemiga, temblaba de verla resuscitar, i aquellas lúgubres palabras — *delenda est Carthago*, retumbaban dentro de las austeras paredes del Senado, repetidas con una constancia diabólica por el inflexible Caton, tipo perfecto de la Roma antigua, de la Roma bárbara qe ya comenzaba a descolorirse.

Ello es, señores, qe desde entónces Roma no tuvo rivales en el mundo. Navegó señora de los mares, i fijó sus leyes, con sus reales, sobre todas las comarcas. Cartago desapareció con sus instituciones, con sus artes, con su ciencia, con su podorosa industria, con su espíritu; con todo, en fin, cuanto constituia su grande i orijinal figura. Fué, para la posteridad, lo qe Roma quiso acerla; i, como lo dice con tanta verdad el elocuente Hugo, Roma se izo señora asta de los recuerdos de Cartago, qe todos debieron pasar al travez de la pluma parcial de sus enemigos.

La gran ciudad tuvo qe desplegar un poder militar inmenso. Recordad, señores, qe tenia qe someter el mundo entero a la dominacion del ESPÍRITU OCCIDENTAL. Nuestra imajinacion se pasma de asombro al contemplar todo lo qe Roma izo en este sentido; i no, por aber fracasado ántes de satisfacer su magnífica ambicion, dejará ella de ser grande, mil veces grande, entre los pueblos gigantes de la Istoria. El dia mismo en qe el terrible poder militar qe abia tenido qe crear, arrastrada por las visisitudes de la política i de las circunstancias, le ofrecia la victoria, sintió qe el cáncer, qe la devoraria, estaba ya en su seno. Los ejércitos romanos, qe marchaban viendo recular siempre las fronteras del Estado, vuelven una vez su frente ácia el centro, i marchan sobre Roma misma: cansados de conquistar reinos para la ciudad, insaciable de conquististas, se insurreccionan, i marchan insolentes a conquistar el poder; el Estado se desploma, i el Caudillo surge de eu medio de sus ruinas.

A medida qe Roma se abia engrandecido, abia estendido su dominacion sobre todas las otras ciudades de la Italia, con el prestesto de protejerlas, i con las apariencias de la alianza. Así era como, no solo les imponia sus leyes, sino qe las arrastraba a todas sus guerras, i las acia contribuir a satisfacer todas sus necesidades. La situacion de los

aliados era intolerable, en los tiempos gloriosos de la República; porque no eran otra cosa que almacenes, que cuarteles de Roma: exigencias, de mas en mas violentas i vejatorias, eran el único vínculo político que las ciudades italianas mantenian con la República Patricia del Tiber. Esta, para acer frente a las guerras lejanas que alimentaba con la mira de fundir el mundo en una misma asociacion, agotaba los ombres i los caudales de la Italia, aciendo jemir a los aliados (¡nombre cruelmente irónico!) bajo el peso de los impuestos i de los continjentes militares; i esto, sin extender a ellos los beneficios inherentes a la ciudadanía romana. De aquí nacia condiciones miserables de vida, que no era posible salvar, sino obteniendo el bautismo difícil de aquesta ciudadanía; de modo, que las poblaciones enteras de la Italia vivian en una perpétua i profunda agitacion, que tenia por objeto, ser admitidas a participar de la proteccion i de los beneficios que Roma repartia a sus predilectos. Las dificultades inmensas que se ofrecian para obtener este favor, inspiraban un profundo grito de adversion contra la Tirana del mundo, i fecundizaban poderosos jérmenes de revolucion en su propio seno.

«Este era el estado de las cosas, cuando se presentó en la escena política el primero de los Gracos, alzando en sus manos un famoso proyecto de lei Agraria. Se proponia con ella, reformar la constitucion de la propiedad, enteramente opresora para el pueblo romano i para la Italia. Nadie pensaba asta entonces en cambiar la existencia política de los aliados; pero, así son las cosas humanas; desde que llega la ora de una revolucion, basta la medida mas insignificante, una sola palabra, para acerla estallar. Así fué como, sin que nadie pueda decir precisamente en que ocasion, se levantó repentinamente la cuestion de la emancipacion de la Italia, cuando Cayo Graco renovó las proposiciones de su hermano. El último de los Gracos esperaba, que apoyado en los *Italiotes*, lograria vencer a la aristocracia romana, que abia vencido i muerto a su hermano. Murió tambien; pero dejando establecido un cambio fundamental en las cosas públicas; dejando a la Italia entera removida, e interesada en su venganza.»

Los *Italiotes* vacilaron por mucho tiempo aun, i agotaron todas las formas legales, ántes de recurrir a la insurreccion armada. Nada tan hermoso, ni tan magnífico, señores, como el animado cuadro de luchas, que ofrece en esta época la Historia Romana: mil veces me e sentido arder, mil veces me e espantado, mil veces e soltado espontáneos gritos de entusiasmo, al contemplar esas luchas del Foro, en que el telento, la enerjía i las pasiones de partido, se mueven, se chocan, se abaten, se leren, se ultiman con un encarnizamiento, i una viveza no ménos sor-

prendente que la de las grandes batallas, que terminaron esta evolucion social de Roma, verificada por los numerosos partidos que se dividian la ciudad i la Italia. Tal es, señores, esa época que los Romanos mismos llamaron—la *Guerra social*, i que fué ocasionada, por la insurreccion de los que estaban oprimidos por la tirantez de la asociacion civil que servia de cimiento a la República Romana.

Aunque es cierto, que durante la guerra social lucen por todas partes brillantes rasgos de eroismo i de abnegacion, no es ménos cierto tambien, que ella ofrece mil veces el espectáculo disgustante de todos los exesos de la ambicion i de la crueldad más feroz. Desde el infame asesinato de Tiberio Graco, asta el dia en que Sila volvió con sus listas de proscripcion en la mano, Roma i la Italia fueron el teatro de asesinatos i de matanzas sin cuento, i que las mas veces carecian de motivos racionales. El desórden i la anarquía llegaron a tal extremo, que fué necesario nada ménos que la terrible intervencion de Sila, para salvar a los Romanos que quedaban, i prolongar un dia mas la ajitada agonía de la República.

La lucha de Sila i Máric; es una lucha entre el Senado i el pueblo, entre Roma i la Italia, entre el ejército i las masas.

Sila i Máric vinieron del Oriente i de las Gálias a subyugar la patria. Se batieron en el corazon de la Italia, en los suburbios de Roma; i recién entónces fué cuando la sociedad romana conoció que carecia del mas sólido elemento de estabilidad: tenia estado, tenia leyes, es cierto; pero no tenia *moral social*; le faltaba, por consiguiente, la verdadera libertad; i no le era posible regenerarse, sin abdicar su soberanía entre desórdenes espantosos.

Audiet cives acuisse ferrum,
Quo graves Persae melius perirent;
Audiet pugnas vitio parentum
Rara juvenus (4).

Roma podia vencer a los Partos, a los Cimbrios, a los Teutones; pero no podia gobernarse a sí misma, ni acer jugar con órden los resortes de su constitucion social. Si uno de los partidos triunfaba con Máric, los patricios entregaban sus laureadas cabezas, en olocausto, al Dios de la Discordia, i regaban el suelo de la patria con torrentes de sangre ilustre. El grito de los oprimidos se alza tremendo de todos los rincones de la Italia; tomando las armas, llenos de furia, se unen al partido plebeyo, para derribar a los ricos i a los nobles, que asta entónces abian sido el gran eje de la máquina civil. Las masas de toda

la Italia se lanzan frenéticas sobre Roma, i van a revolcarse en las calles i en los pórticos de sus palacios, para vengarse así de la proscripción con que los poderosos las tuvieron apartadas por tanto tiempo. Si después de Mario viene Sila, el patriciado se restablece; pero abdica su poder, i se somete con umildad a la férula de un tirano cruel i sangriento. El incendio, las matanzas, las proscripciones, las batallas, forman en torno de la vasta ciudad un ruido espantoso, i el jénio de la desolación i de la inmoralidad revuela con sus alas de cuervo i sus ojos buho, sobre las majestuosas bóvedas del Capitólio, i sacude con el eco desatemplado de sus graznidos las murallas tan respetables del Foro.

No bien Sila, canzado de despotizar, deja las riendas del estado, cuando vuelven a empezar las convulsiones. César abia nacido ya; César, en quien Sila abia adivinado *muchos Mários*.

Mientras las águilas romanas triunfan en las Gálias, en España, en Africa i en Asia, en todas partes, por fin, los esclavos se insurreccionan a la voz de Espártaco, ombre de talentos distinguidos, pe tuvo pericia i fortuna para triunfar de dos cónsules de la Repúbl. Las provincias de la España i de la Lusitania se levantan tambien, capitaneadas por Sertorio, tan ábil i tan capaz como el que mas entre los guerreros de Roma; en fin, aquella asociación republicana i patricia vence con su enorme peso, los ejes que las mantuvieran en equilibrio, i pide, en medio de orribles convulsiones una organizacion nueva i final.

. Jam teritur bellis civilibus aetas,
Suis et ipsa Roma viribus ruit.

El jenio patricio ace un esfuerzo poderoso aun, i sofoca por un instante el movimiento de disolución. Sertorio i Espártaco, las provincias, la Italia i los esclavos caen de nuevo bajo el peso de la lei romana. Pompeyo, Caton i Ciceron sostienen un momento las paredes vencidas de este edificio inmenso que se desploma. Pero el lujo, la filosofía metafísica i escéptica, la literatura artificial i lijera, reemplazan, por todas partes, las severas virtudes i el espíritu civil, que asta entónces abian sido el alma de la guerrera ciudad. El eroismo abandona el pecho del ciudadano, i se amalgama con la seriedad impasible i desdeñosa del filósofo, deja de ser Cincinato, i se ace Caton de Utica; el patriotismo se condena a la inercia i a la impotencia; se suicida en fin, encarnándose en la inmovilidad absoluta, indiferente, marmórea, del estoicismo.

No bien toma el poder la aristocracia, vertiendo sangre aun por mil eridas ondas, que la enflaquecen, cuando el terrible Catilina arroja un nuevo i espantoso alarido de destruccion. En vano es que lo sofoquen la pomposa i fátua elocuencia de Ciceron, la conducta inflexible tanto como

firme de Catón; César participa, en secreto, del espíritu revolucionario, i espera con la astucia i la destreza de un gran político, el momento oportuno de realizar un trastorno fundamental i necesario en el Estado: a recibido en erencia de los Gracos i de Mário, por línea recta, la misión de emancipar la Italia del yugo patricio, desmoralizado ya i reducido a una pomposa i fútil vanidad, en manos de Pompeyo.

Después que César ubo disciplinado sus lejiones en las bárbaras provincias de las Gálias i de Albion, viene sobre Roma; i en Farsalia decide la cuestión. La República aristocrática i patricia sucumbe; la Italia a conquistado la Ciudadanía Romana, o mas bien, a sustituido al Senado de los *Quirites*, un rei, un déspota, un caudillo popular. Ablando sobre estas mismas cosas, dice Mr. Cousin con una esqisita oportunidad:—“El día de la democracia no siempre es el día de la libertad.”

La libertad, señores, consiste en una combinacion armoniosa i científica de todos los intereses i de todos los miembros de la sociedad: la plebe rara vez tiene razon para concebirla, i jamas tiene medios para realizarla. Cuando ella triunfa, algun ombre superior la domina; al encabezarla, para domar a sus adversarios, la doma a ella tambien. El movimiento se ace militar, i por lo tanto, es inevitable la dominacion de un solo individuo; la oposicion es crimen, porque tiende a la desorganizacion. Un ombre querido basta para la plebe; ésta no reflexiona, ni quiere reflexionar, sobre el uso que se ace del poder que dá, i los resultados funestos vienen a sorprenderla en medio de su candoroso entusiasmo.

El triunfo de César llevado al Capitólio por las masas italianas, es el complemento de la última evolucion política que podia ofrecer la Isteria del pueblo romano. La revolucion está consumada. César es el Dictador. Todas las piezas de la República patricia yacen desparramadas a sus pies; por que César no es el Dictador aquel de los tiempos de conflicto, a quien las *jentes patricias* encomendaban, por un momento, lo salud del Estado: no! Cesar, escala el poder destruyendo ese Estado, dispersando i sometiendo la clase que lo abia representado: se inviste del mando, apoyándose en la fuerza de las armas, en la popularidad de que goza entre las Lejiones Provincianas; anula fundamentalmente la república patricia, anula todas las antiguas instituciones, i sustituye su persona a todo; el poder i el grito de las masas, a todos los resortes de la política hereditaria. E aquí lo que se llama acer una revolucion radical.

El espíritu patricio sacude un día su languidez; se arma de un vigor ficticio, ace un esfuerzo convulsivo, i clava bárbaramente un puñal en el pecho del glorioso déspota de Roma.

¿Qué a conseguido, señores? Nada! matar a un éroe ilustrado, gran-

dioso, de un genio vasto i creador, para dejar qe pululen en libertad mil otros caudillejos abominables, qe se artarán de sangre umana con una espantosa satisfaccion. Bruto i Casio tenian fé en las tradiciones nacionales, i se armaron del puñal, creyendo qe no abia mas obstáculo para qe ellas reaparecieran en el Estado, qe la influencia de un genio: lo único, empero, qe consiguieron, fué demostrar qe no conocian el espíritu de su época, i qe no comprendian la evolucion social qe la Nacion i el Mundo estaban entónces realizando.

Augusto vino, de nuevo, a dar formas definitivas a la revolucion de César, fijando la organizacion necesaria qe el espíritu social dominante abia preparado para Roma, desde mucho tiempo atras. La desmesurada estension de las fronteras i el estraordinario acumulamiento bajo una misma lei, de poblaciones eterojéneas i profundamente ajitadas, acian inevitable la creacion de un fuerte centro de poder i de accion. Este centro tan sólido, tan uniforme, qe se exijia, no podia ya estar eu manos de un patriciado corrompido, desmoralizado, i qe ya abia llenado su mision providencial; se necesitaba un ombre, una sola voz; i por eso es, qe el eco del desaliento i de la desesperacion vino a inspirar al poeta, aciéndole esclamar.

O quisquis volet impias
Coedes et rabiem tollere civi cam,
Subscribi statuis, indomitam audeat
Refrenare licentiam (5)

Se necesitaba una sola institucion, para qe los elementos de la accion pública se movieran con armonía, i no traspirase, asta la superficie, el espíritu de disolucion i de caos qe abia en el fondo de este inmenso imperio sin unidad de doctrinas, sin unidad de moral, sin unidad de creencias, sin unidad de razas, sin unidad de idiomas, porque todo esto era lo qe abia sucedido, desde qe la Nacion Romana se convirtió en Imperio Romano, aciéndose—*mundo*, lo qe no abia sido sino *pueblo*. Preciso es qe nos fijemos, señores, en qe Roma no abia cimentado en el mundo mas unidad qe la del Estado i la de la Lei: unidades qe no podian ménos qe ser ficticias, por qe le faltaba su único cimiento inamovible, qe es la *Unidad de creencias*. Pronto veremos por cuales medios ganó este precioso bien la civilizacion occidental.

El pueblo romano, los pueblos italianos, las provincias romauas, es decir, la umanidad, ganó, señores, en la revolucion qe plantó el Imperio sobre las ruinas de la República. Para concebirlo, basta reflexionar,

que en un estado populoso es mil veces mas pesado el yugo de una clase privilegiada, que el yugo de un solo individuo, la igualdad de despotismo es, asta cierto punto, una igualdad de libertad. Por otra parte, desnudo el dèspota de los intereses de clase, abrió la entrada de los altos puestos sociales a todos los que podian acercarse a ella por el mérito o por la intriga. El despotismo político, como todos los pesos materiales, se hace tanto mas liviano, cuanto mayor es el número de cabezas que lo soportan, i menor el número de los brazos que lo imponen.

La profunda tranquilidad que aquel gigante imperio comenzó a disfrutar, por primera vez, bajo el régimen imperial, difundió en la sociedad el gusto de los goces de una paz tan opulenta i profunda, que mas bien era inercia. El cuidado de las cosas públicas, esa eterna aprension del ciudadano, se desacreditó, como era consiguiente: recordad el espíritu del poeta Horacio, i veréis dominando, en la mas alta i mas brillante literatura, un espíritu fútil, egoísta, indiferente i frio para todo lo que es vital en una sociedad libre. Virjilio llora umildemente en sus Bucólicas; i cuando quiere dar desáogos a las brillantes inspiraciones de su jenio, cuando quiere ablar de patria i de grandezas civiles, uye del presente i se lanza todo entero al pasado, a los recuerdos, reconociendo que solo en ellos puede exalar las pasiones patrióticas que lo aogaban. Recordad el ombre ilustre de la época, el cantado por los poetas, el célebre Mecenas ¿Quién era, señores? Apénas me atrevo a creer que fuese algo mas que un miserable sibarita, que uno de esos insectos perezosos que engordan al pie de los tronos. Pues bien; su estatua era paseada por el pueblo en fiestas públicas i solemnes, donde no eran admitidas las de Bruto i Casio, donde nadie las echaba de ménos, sino Tásito, que decia:—«Sed prefulgebant Brutus et Cassius, eo ipso quod imagines eorum non videbantur.»

El poder militar de los Emperadores era superior a toda exajeracion, i no dejaba ni la esperanza siquiera de concebir la posibilidad de restituir una libertad, que solo abian conocido los patricios: quizá no abia uno solo entre ellos por todo el orbe romano, capaz de amarla ni de comprenderla. En la série de siglos que duró el Imperio, no muestra la istoria sino una sola alma de ciudadano, digna de los tiempos mas vigorosos de la República, la de Tácito. Constituida una vez esta vasta autoridad, fué ya preciso aceptarla como una forma acabada, como la espresion de la unidad del Estado i de la Lei, como una monstruosa i violenta centralizacion, impuesta a un pueblo inmenso, que la necesitaba así, porque no tenia unidad de creencias ni principios comunes.

Roma abia mostrado, desde sus primeros años, una carencia com-

pleta de moral sòcial: abia sido egoista, cruel, inflexible: no abia abrigado en sus entrañas ni la sospecha siquiera de la caridad. La igualdad política, como doctrina de asociacion, como fruto del desarrollo moral de la sociedad, era una cosa completamente ajena de sus principios que ni abian soñado sus leyes. Cuando Roma lo vejaba i explotaba todo, en nombre de su interes i de sus pasiones, constituyéndoles a toda otra nacion de derecho social, no sacrificaba ninguno de sus instintos, ninguno de sus principios; por el contrario, obraba en conformidad con el principal resorte de su constitucion, que era absorber i devorar. Acerla responsable de los perjurios, de las injusticias, de las atrocidades, de los ultrajes, que a cometido como Nacion, seria lo mismo que acer responsable al tigre de su voracidad constitucional. ¿Por qué obró Roma así? ¿Por qué desplegó los caractéres con que la pinta la Istoria?... Por una necesidad intima de su organizacion misma... ¿Por qué pues, era mala e incompleta esa su organizacion? Yo quedo satisfecho, señores, cuando la istoria i la naturaleza me responden de consuno:— que la civilizacion marcha así, al favor de sistemas incompletos, que progresivamente van incorporando a su esencia los elementos de que an menester. En el Oriente abeis visto constituirse definitiva, pero exclusivamente, la idea de la relijion, el vasto cuerpo de las ciencias teolójicas: la sociedad, la humanidad, jimen allí bajo el peso de estas monstruosas creaciones. Se emancipan en Grecia; aparece, en esta tierra privilegiada, una brillante libertad; pero es individual, no ai nacion, no ai Estado no ai unidad; i el espíritu de la anarquía, que sopla un momento sobre aquel suelo, lo deja asolado. Aparece despues Roma con el Estado i con la Lei, unidos a la libertad; pero a la libertad incompleta, a la libertad patricia, a la libertad—monopolio, a la libertad frágil, en fin; porque carece de su sola base estable, de su única peaña, que es—la de la caridad con la igualdad, es decir; la *moral* con la *asociacion*. Mirad si es palpable i evidente la lei del *Progreso continuo*, realizada en la civilizacion. Pasar del extásis contemplativo a la pasion, de la pasion al egoismo, es progresar, ablando racionalmente; i tal es, señores, la marcha que la sociedad política a echo, pasando del Oriente a Grecia, i de Grecia a Roma.

¿De dónde sacarán, señores, las sociedades humanas la doctrina de la *asociacion moral*, que tan altamente pedia ya el espíritu moderno cuando el Atleta romano cemenzaba a sentir el lánguido sopor que precede a la muerte? Apénas ai en la istoria echo alguno, que resalte con mayor vigor que este en medio de sus pájinas. Siglos acia ya que el espíritu griego (acordaos que os lo ice notar) trabajaba por asimilarse las doctrinas teolójicas del Oriente, i por darles las formas de una moral

individual, humana, socialista, permitidme señores introducir aquí este término moderno. Desde Pitágoras asta Epitecto i asta Séneca, en Atenas, en Roma i en Alejandria, ubo siempre un cenáculo de ombres escogidos, de pensadores soberanos, qe, dejando rodar la política del mundo por su fatal pendiente, se ocupan de elaborar *creencias*, de despararramar convicciones, de formular, en fin, las doctrinas absolutas, qe corresponden a los destinos filosóficos del ombre, como individuo, como sociedad, i como humanidad. Tomad a Platon i a sus iguales, i vereis donde estaba ya este trabajo, en los últimos tiempos de la Grecia; recordad los resultados con qe lo abian enriquecido las famosas Escuelas de Alejandria, i vereis cuál era el estado qe tenia esta elaboracion de doctrinas morales i socialistas, en los tiempos del Imperio Romano. El espíritu griego trabajaba, pues, ardientemente sobre las doctrinas teológicas del Oriente, con el objeto de arrancarles una filosofía social, humana, capaz de armonizar la humanidad entera, por medio de la *unidad de convicciones*. No abia remedio, señores; o la civilizacion realizaba esta conquista, o perecia con el Imperio Romano, i quedaban anuladas i contradichas todas las leyes históricas de Dios.

No temais, señores, por el destino de la humanidad, qe es Dios mismo q' en se a encargado de él.

Sócrates, Platon, Aristóteles, Zenon, Epitecto, i muchos otros pensadores pacíficos i profundos, se ocupan de estudiar los resortes del pensamiento humano, el secreto de sus afecciones i de sus pasiones, la lei de sus acciones, i mil otros problemas de un encadenamiento directo con los misterios de su destino colectivo e individual. Estos jenios nada producen para la sociedad contemporánea; a sus escuelas va solo un pequeño número de discipulos, ombres causados del desafuero público, qe, para consolarse de él, an resuelto remontarse al mundo de las investigaciones metafísicas, a la rejion de las utopías, en cuyo encanto buscan el olvido de las realidades. La sociedad griega o romana, es de cir, las leyes contemporáneas, ningun fruto sacan de sus lentos trabajos; no importa! estos ombres se ocupan del porvenir, i a fé qe lo preparan inmenso para la humanidad.

Muerta la Grecia, sus doctrinas emigran a la jurisprudencia Romana, i a Alejandria. Los jurisconsultos las reducen a la expresion geométrica de una justicia parcial, encerrada en los terminos espesos de la lei civil; la justicia pública, qe es la igualdad social mantenida por la moral de la asociacion, no podia existir en el Imperio Romano; porque esta justicia no marcha sino en los ombros de la libertad. Mas, en las Escuelas de Alejandria, al pié de las colosales creaciones del oriente,

fué donde el espíritu griego bebió la esencia de la filosofía social, de esa doctrina de *Asociacion* de que necesitaba el mundo para rejuvenecerse. Atacado i destruido, por esta filosofía, el espíritu anárquico i fútil del paganismo griego; desvanecidas, por ella tambien, las formas gigantescas i monstruosas de la teología oriental, empezó a expanderse lentamente el espíritu racional de deísmo, que envolvian las doctrinas orientales, amalgamándose con la tendencia práctica, social i moralista, que era propia del genio occidental.

Permitidme, señores, agregar dos palabras acerca de este precioso desenvolvimiento del espíritu filosófico de la antigüedad.

Al señalarlo estoy muy lejos de asegurar que él fuese popular en aquella época: no! No abia bajado, por cierto, a la conciencia de las masas, ni podia bajar tampoco sino despues de muchos siglos de accion i de trabajo. Era, por consiguiente, un jérmén del *mundo futuro*, i no un elemento del *mundo contemporáneo*. Reflexionad en lo que, aun oi mismo, cuesta para que las especulaciones filosóficas bajen a la conciencia de las masas; oi que tenemos la imprenta i tantos otros poderosos medios de propaganda i de popularizacion. Era preciso que la Grecia elaborase lentamente la filosofía antigua, i que la sociabilizase; para que Roma la pudiera incorporar al Estado, bajo la forma de lei civil; i para que las predicaciones cristianas pudieran depositarla en el seno de las masas, como el jérmén de la *Asociacion libre i moral* de los tiempos futuros, de esos tiempos que comenzamos a ver ya, en nuestro siglo, adquiriendo una innegable realidad.

Acaba de deslizárseme, señores, la última palabra que tengo de pronunciar en este ligero opúsculo. Os he hablado de Cristianismo. Me explicaré:

Con el impulso filosófico, de que ántes hablaba, coincidia un gran movimiento social, una profunda revolucion.

En medio de todos los pueblos que acabais de ver figurar en la escena de la historia, se abia conservado uno cuyas creencias relijiosas le abian sido directamente reveladas, de viva voz, por la Divinidad; que en distintas épocas se abia puesto en comunicacion material con él. Este pueblo era, señores, entre todos los antiguos, aquel sobre quien Dios abia fijado sus miradas, sobre cuya suerte influia de un modo inmediato, i con frecuencia. Le abia prometido poner en él a su mismo ijo, al Verbo encarnado de su completa sabiduria; i, aunque muchos otros pueblos del Oriente creian tener tambien la misma dicha, i adoraban varias encarnaciones de la Divinidad, tales como las de Vischnou en Roma, las de Chiva i otras; el pueblo judío era solo el que verdaderamente estaba predesti-

nado a producir este profundo misterio, de tan inmensos resultados para la civilización moderna. Quizá no tenían los otros esta creencia de la encarnación divina, sino por haberla robado a las doctrinas judías. En fin, señores, no olvidéis que lo que la humanidad necesita es una doctrina de *asociación moral i de libertad*, una *creencia universal*; no olvidéis que hemos dejado a la filosofía griega entregada a la vasta empresa de elaborarla, desde algunos siglos atrás. Ahora es cuando nace en la Judea el hijo de Dios, el Cristo, que va a ser el eje de esa doctrina i que la va a despararrar por entre los ombres, para crear una gran nación la cristiandad, constituida sobre tan sólida i tan anchas bases que dentro de ella ai libertad e independencia para todos los pueblos, leyes para todos los estados, igualdad para todos los individuos; desde entonces, el despotismo, cualquiera que sea su jénero, es la violación de la moral i de la política cristiana.

Ai, señores, en este gran movimiento de asociación, que el cristianismo imprimió a la humanidad, una perfecta analogía con las aspiraciones de la filosofía griega. Bien sabéis que los padres de la iglesia han dicho, que Platon a sido *un cuasi inspirado* por Dios: bien sabéis el uso que la teología católica, tan profunda como grande, a echo de Aristóteles i de Platon: bien sabéis la codicia insaciable con que se voraban la lectura de sus libros los grandes escritores del Catolicismo.

Pero, no os apureis; no vayais a creer que yo sostengo que estas revoluciones se realizan así como se conciben. El mismo elemento que contenía la propagación de las doctrinas griegas, va a pesar sobre las doctrinas cristianas, deteniendo los preciosos resultados que la humanidad debía esperar de ellas. El tiempo, señores; el tiempo lo acomete todo a las fatales condiciones de su lenta influencia. Pensad en las masas; pensad en su atraso; pensad en su corrupción i en su ignorancia; i comprenderéis las luchas i los obstáculos que las buenas doctrinas prueban en la historia. La filosofía griega no podía pasar a ser el patrimonio de la sociedad humana, ni a impregnar el espíritu de todas sus instituciones sin verse ántes mezclada, por la influencia del tiempo, en grandes i fundamentales revoluciones. Bien! Igual cosa abia de suceder al cristianismo. Antes de que las utilísimas i puras doctrinas, que iniciaban produjeran sus resultados sobre la mente i el corazón de los pueblos, debian pasar al través de terribles trastornos, mirándose muchas veces confundidas en el desquicio jeneral. En fin, señores, estenderme mas sobre esto, seria salir de los pueblos antiguos i revolver con una mano cansada las páginas de la historia moderna.

Antes de concluir, os debo señalar un punto esencial, a saber; que

no siendo el cristianismo filosofía pura, sino relijion, culto, creencia; tenia manifiestos puntos de contacto con las creencias orientales. Aunque Jesus anuncia en su doctrina, de un modo eminente, el espíritu de su época; era, por otro lado, una continuacion de Moises; i no necesitais que os diga, que Moises era un miembro del Imperio de los Faraones, un discípulo, quizá, de la Casta Sacerdotal del teocrático Egipto, que tantas analogías tenia en la Judea. De aquí, señores, resulta un echo que me abstendré de juzgar, i que os apuntaré solamente. El espíritu puro i esclusivo de la Filosofía abrió una lucha evidente contra las tradiciones orientales, que el Cristianismo traía incorporadas a su seno. Por esto es que el espíritu escéptico e independiente de la filosofía griega aparece periódicamente en la historia moderna, de cuando en cuando, i en épocas muy marcadas, con intenciones muy claras, con medios muy conocidos, con aspiraciones muy sencillas. El *Clasicismo* es muy travieso, señores; no ai que mirarlo con descuido.

Señores: e concluido aquí mi tarea. El espíritu de la civilización emigra del Mundo antiguo; i no vayais a creer, señores, que esta emigración sea una mera figura de retórica, que se me ocurre al pasar de los tiempos antiguos, i de su historia, a los modernos tiempos, a la historia de nuevos países i de nuevos pueblos: ¡No! Consta, señores, que esta emigración era un echo presentido i profetizado por las mas sagaces i valientes cabezas de la Antigüedad. La encontraréis, en los *Jermanos* de Tácito, a cada línea: i si abris *las Epodas* de Horacio, lo vereis execrar a Roma, al mismo tiempo que canta con entusiasmo el triunfo del mundo futuro i su risueña suerte:

Hæc, et quæ poterin reditus abscondere dulces,
Eamus omnes execrata civitas.

.....
Etrusca præter et volate litora.
Nos manet Oceanus circumvagus: arva, beata
Petamus arva, divites et insulas,
Reddit ubi Cererem tellus inarata quotannis
Et imputata floret usque vinea;
Germinant et nunquam fallentis termes olivæ
Suamque pulla ficus ornat arborem;
Mella cava manant ex ilice, montibus altis
Levis crepant lymphæ desilet pede.
etc. etc. etc.
Pluraque felices mirabimur; ut neque largis

Aquosus Eurus arva radat imbribus;
 Pingua nec siccis urantur semina glebis;
 Utrumque rege temperante cœlitum.
 Non huc Argos contendit remige pinus;
 Neque impudica colchis intulit pedem;
 Non huc Sidonii torserunt cornua nautae
 Laboriosa nec cohors Ulixei
 Jupiter illa piæ secrevit litora genti
 Ut idquinavit cœre tempus aureum:
 Ærea dehinc ferro duravit sæcula, quorum
 Piis secunda vate me datur fuga (1)

Aquí teneis, señores, la bendición que nuestros venerables antepasados pronunciaban al sentir los primeros movimientos del embrión de este Mundo en que vivimos oí. La tierra dichosa i feraz que Horacio pinta, en estos versos, es *el Porvenir*: lleno, el poeta, del astío i del desprecio que e inspira la cadavérica civilización, que se arrastra en las calles de Roma ¡*Eamus omnes exsecrata civitas!* esclama, i se complace en pintar, con su profética fantasía, el bienestar del mundo moderno, diez i nueve siglos ántes de que se formara. D ¡adme decir de paso, señores, que estas son las dotes que acen grande i sublime a Horacio, i no el arte estrecho con que quiso asignar reglas a la poesía. Todos los pueblos del mundo antiguo an cobijado i sustentado i fortalecido por un momento el espíritu de la civilización: él pasa aora al mundo nuevo: nutrido ya con lo mas puro de sus sudores, va a revolver las rejiones bárbaras i desdichadas, a enrollara a todos los pueblos, bajo un mismo emblema; a elaborar, en medio del caos, el espíritu social moderno, dándole formas definitivas, i aciéndole desplegar, en unos pocos siglos, las alas inmensas con que oí protege i rejenera a todas las Naciones.

Mas, no os olvedeis tan pronto, señores, de la atigüedad. Al rededor de la civilización actual teneis, cual *mórnias* de sociedad, a todos los pueblos antiguos. Sí! Ai están, con sus mismos ábitos i sus mismas propensiones. Es un error suponer que ayan desaparecido de la tierra. Viven, i viven idénticos a lo que eran cuando representaban un ermoso i brillante papel en el mundo. Lo que a sucedido, es que su jenio i su espíritu an permanecido los mismos que ántes eran, mientras que los tiempos an andado: ese jenio a venido a ser impotente, por esto, para figurar con relieve en medio de las cosas modernas. E a qí la razon de que sean es-

(1) Carm. XVI.

tacionarios, i de qe vivan en la oscuridad. Mirad la Italia i la Grecia, las mas modernas entre las naciones antiguas; digo, las mas modernas; porque aun en aquellos remotos tiempos, en qe brillaron, lucian cualidades especiales del espíritu reinante en estos dias, qe llamamos nuestros: miradlas oi, son los mas antiguos de los pueblos modernos: son p'anas del mismo sistema solar en qe nosotros jiramos, pero planetas lejanos, sin verdadero resplandor, qe recién comienzan a moverse en el mundo de los vivos: son pueblos, qe balanceándose entre el presente i el pasado, duermen perezosamente sobre las ruinas i los recuerdos. Si os fijais en uno u otro literato, en una u otra ciudad, os alucinareis, i creereis qe estoi equivocado; no, yo no os ablo de individuos, os ablo de los pueblos. La Italia, con sus salteadores, sus contrabandistas i sus *vendettas*, es oi todavía la Italia romana: sérios viajeros i profundos escritores nos lo enseñan. La Grecia es casi la misma qe fué antes, anárquica, indisciplinada, pirata, sin unidad real; gracias a las inmensas influencias europeas, qe pesan sobre ella, si dá pasos en la carrera de la constitucion i del orden. Mas allá encontrareis, de una manera mas acabada, a los pueblos verdaderamente antiguos; el asiático, el árabe, el judío, el africano ob señores, saludemos con respeto estos venerables restos de la Antigüedad, qe se ajitan i viven en medio de nuestro mundo jóven; i deseemos qe cuanto antes luzca el dia en qe esa civilizacion preciosa, qe los pueblos modernos han producido, trabajando las riquezas qe de aquellos heredaron, pase a inocular su vigor vital en esos grandes cuerpos, qe duermen indolentemente sin beneficio presente de la humanidad.

Esta es mi última palabra, señores; mi último voto, al cerrar este rápido cuadro, en qe è querido ofreceros los grandes resultados, qe han dado a la civilizacion umana los pueblos antiguos. Deseo la *filosofia i la libertad para todos*: su culto está providencialmente destinado a reinar sobre el orbe.